

BOLSILIBROS



SERVICIO SECRETO

de

el presidente que no existió

curtis garland



Sorprendente novela, en la cual, lo que parece ser un «simple» magnicidio, se convierte en el descubrimiento por el agente

M-31

de una fantástica conspiración, cuyo fin es la invasión oculta de los Estados Unidos por parte de un enemigo desconocido, suplantando furtivamente la personalidad de las personas más influyentes y poderosas de las altas esferas de la nación.



Curtis Garland

El presidente que no existió

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1123

ePub r1.2

Titivillus 29.11.2019

Título original: *El presidente que no existió*
Curtis Garland, 1972

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1





SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

MAGNICIDIO

Todo comenzó el día en que asesinaron al presidente.

Para Brian Kervin, agente

M-31

de la *División de Defensa Nacional* del FBI, comenzó en ese momento. Para otros muchos, también.

Para el presidente de los Estados Unidos, terminó allí mismo.

Su nombre fue a unirse a otros gloriosos dirigentes de la nación, sacrificados antes por el odio, la intolerancia y la intriga: Mac Kinley, Lincoln, Kennedy...

Ahora, un nuevo mandatario de la Unión, otro huésped de la Casa Blanca, encontraba la muerte a manos de asesinos desconocidos, movidos por ocultos designios políticos, económicos o sociales.

Lo peor es que Brian Kervin tenía ese día una misión concreta en la ciudad de Los Angeles, California. Esa misión consistía en proteger al presidente de los Estados Unidos de todo peligro.

Nunca, como entonces, se sintió Brian tan fracasado. Nunca, como entonces, el agente

M-31

se dio cuenta exacta de su tremendo, terrible fiasco en una misión trascendental.

Cuando vio caer al presidente sin vida, alcanzado por las balas asesinas, hubiera deseado ser él quien recibiera aquellos proyectiles. Porque lo que estaba sucediendo, era lo peor de todo. En un momento crucial de la política internacional, en un instante decisivo para la historia del mundo y, posiblemente, para su supervivencia. Cuando todo, o casi todo, dependía de la seguridad y firmeza de un hombre excepcional... ese hombre caía muerto, bañado en sangre por las balas de un criminal cobarde, solapado y vil...

Cuando el presidente murió, Brian Kervin supo que él mismo, como agente especial del FBI, había muerto a todos los efectos...

Pero aunque eso fue el principio de todo, echando la vista atrás, tal vez podía asegurarse que ello tuvo su prólogo en otro momento anterior, en un instante en el que él no podía tener la menor idea de que se jugaba, a una sola carta, su destino y su futuro. Y con él, acaso también el destino, el futuro mismo del orbe...

Y eso sucedió cuando Emmett H. Pearson, director de la *División de Defensa Nacional*, le dijo a Brian con voz grave y expresión preocupada:

—Brian, hay que proteger al presidente. Si ahora desapareciera él... no sé lo que iba a ser del mundo, de todos nosotros...

* * *

—¿Proteger al presidente? —se sorprendió él—. Nunca hice un trabajo de éstos, señor...

—Lo sé. No es su fuerte actuar de guardaespaldas de nadie.

—¿Entonces...?

—Aun así, le ruego que acepte esa misión, Brian.

—La obediencia es una de mis obligaciones básicas, señor —dijo Brian, respetuoso—. Pero sigo sin entender. Hay expertos en cosas así, gente que siempre protegió a personalidades importantes, nacionales o extranjeras. Ellos podrían...

—Sí. Ellos podrían hacerlo. Yo lo sé mejor que nadie, Brian. Pero Ivy y yo, hemos pensado que usted es la persona adecuada. La mejor. La única.

—¿Ivy? —murmuró Brian, perplejo—. ¿Quién es Ivy?

Era la primera vez que oía ese nombre. Ignoraba que no sería la última. Pero en labios de su jefe, oír el nombre de una mujer, resultaba raro, sobre todo relacionándolo con el trabajo. Si alguien se sentía enfermo cuando él mezclaba chicas con el trabajo —cosa harto frecuente en el agente

M-31,

según sabía bien Emmett H. Pearson—, era precisamente su director. Y ahora lo había hecho. Como si Ivy, además, fuese alguien de suma importancia.

Porque Brian no tenía dudas al respecto. Ivy era nombre de mujer. También de una planta venenosa, pero sobre todo de mujer. No

sentaba mal ese nombre a una mujer. Las damas tenían mucho de planta, de flor. Y también de venenosas...

—Ivy es su nueva compañera, Brian —dijo tranquilamente Pearson, retrepándose en la butaca roja de su comfortable despacho del *Federal Bureau of Investigation* en Washington.

—¿Compañera?

—Eso es —se inclinó. Pulsó una tecla de su interfono. Invitó sordamente—. Ivy, puede usted entrar.

Suspiró, más cómodo que nunca en su asiento. Brian volvió los ojos hacia la puerta de los visitantes íntimos de Emmett H. Pearson.

Ivy entró.

Brian se quedó sin aliento. Y eso en él era difícil en presencia de una mujer. Estaba demasiado habituado a verse ante auténticas bellezas, ante increíbles ejemplares del sexo opuesto, en cualquiera de sus misiones por todos los rincones del mundo.

Sin embargo, quizá ninguna fue como Ivy.

Alguna pudo haber sido más hermosa de rostro, aunque no mucho. Otra pudo tener una figura más espectacular. Pero todo ello unido... ninguna.

Ivy era bellísima. Exótica, sorprendente. Su tez bronceína, sus ojos color ámbar, su boca roja, carnosa, su breve nariz... Y el contraste con el cabello. No era rubio. Era más bien blanco. Plata pura, centelleante, como hilos argentíferos.

Figura esbelta, alta. Considerablemente alta. Armoniosa, estilizada. Breve cintura, largas piernas, cubiertas con brevísima falda.

Así era Ivy. La nueva compañera de Brian.

—¿Qué clase de compañera? —indagó Kervin, tras escudriñar, pensativo, a la dama.

—Agente especial —sonrió ella—. Como usted.

—Ya veo. —Kervin miró de soslayo a Pearson y añadió irónico—: Creí que no confiaba nada en las mujeres, señor.

—Sigo sin confiar en ellas, Brian. Ivy es diferente.

—Yo no diría eso, señor. Si Ivy no es una mujer, es lo más parecido a ellas que me ha sido dado ver...

—Usted ya me ha entendido, no venga con chistes —cortó Pearson, secamente. Señaló a la dama platinada—. Ivy Gold es nuestra mejor agente. Su nombre clave es

Q-57.

—Agente

Q-57...

—repitió Brian. Hizo un gesto entre burlón y cortés a la bellísima dama—. Es un placer conocerte, compañero.

—Lo mismo digo,

M-31

—sonrió ella, exhibiendo su nítida dentadura, igual y blanca—. Eres casi una pura leyenda dentro del FBI.

—Eso me reconforta un poco, después de haber oído decir que me envían como simple guardaespaldas del presidente. Pero, según el jefe, tú también estás de acuerdo en eso.

—Es la verdad —suspiró Ivy, avanzando y sentándose indolente en uno de los asientos del despacho de Pearson. Se cruzó de piernas, demostrando que no le importaba exhibirlas generosamente—. Eres el mejor en cualquier cosa.

—¿Incluso para trabajos de rutina que se asignan a los aspirantes? —ironizó Brian.

—Puede que pienses así, Brian. —Ivy extrajo con desenvoltura una plana pitillera de oro, con sus iniciales en brillantes y platino. Una auténtica joya. Extrajo de ella un cigarrillo de boquilla dorada, que puso en sus labios. Ofreció uno a Brian, y él aceptó, prendiendo él ambos. Ella exhaló una larga bocanada de humo, indolentemente. Luego añadió, con parsimonia—: Pero tu trabajo no va a tener nada de rutinario, créeme.

—Me gustaría saber por qué —dudó Kervin—. ¿Algún complot en perspectiva?

—Varios —sonrió ella.

—¿Varios? —dudó Brian, saboreando el humo de aquel cigarrillo, a la vez fuerte y aromático, sin duda de hebras orientales—. Eso suena a muy pesimista...

—No es pesimismo. Es la realidad desnuda, Brian.

—¿Quiénes desean hacer daño al presidente en su gira por el oeste del país?

—Diversas personas. Va a reunirse con una importante comisión asiática. China Continental y otro país asiático no alineado políticamente, pero que molesta por igual a rusos, chinos y americanos. Son dos posibilidades.

—Dos... ¿Por qué?

—China Continental espera al fin firmar un pacto de amistad con nuestro país. El presidente duda. Si lo firma, disgustará a Moscú. Si no lo firma, disgustará a Pekín. Y mientras duda, disgusta a todos: soviéticos, chinos, americanos... y los orientales de ese otro país mezclado en el juego.

—Muy complejo todo —suspiró Kervin—. ¿Por qué siempre complican tanto las cosas los políticos?

—Nunca se sabrá —rió ella enarcando sus cejas—. Lo cierto es que somos árbitros, en cierto modo, de un inseguro porvenir mundial. Hay demasiada gente interesada en que no lo seamos de un modo rotundo. También están las propias fuerzas adversas de nuestro país.

—¿Qué fuerzas?

—La extrema derecha —suspiró Ivy Gold—. Los de siempre. La oculta y poderosa fuerza que aniquiló a los Kennedy, a Luther King, a Lumumba, a Hammarskjöld... Los grandes *trusts*, el racismo, los *minute-men*, los tremendos neonazis de nuestra América...

—Entiendo. —Brian apretó los labios—. No es la primera vez que me enfrento a ellos. Y espero que tampoco sea la última...

—Incluso hay quien dice que la propia CIA les apoya —musitó Ivy ceñuda. Fumó en silencio, y terminó, encogiéndose de hombros—: Sea como sea, son una fuerza terrible y siniestra, Brian. Son los terceros adversarios de nuestro pacifista y abierto presidente. No vacilarían en llegar al magnicidio, si ésa es la solución para evitar una política de convivencia entre los grandes países del mundo.

—En resumen, Brian —concluyó Pearson, con voz grave—. Estamos ante un peligro cierto. El presidente lleva a sus hombres de escolta habitual, e incluso refuerzos civiles y militares. Pero no nos fiamos. Ocurre algo. Lo presiento. Y tengo instinto para estas cosas, usted lo sabe. No quiero que el presidente corra riesgos. Aparte su guardia habitual, aparte todas las medidas de prevención tomadas por el FBI, la CIA y el Pentágono, e incluso el propio Gabinete de la Casa Blanca... estará usted en Los Angeles. Espero que eso sea suficiente. Y el presidente salga sano y salvo de su gira por el Oeste.

—Muy bien, señor —aceptó Kervin, con serenidad—. Allí estaré. Y ojalá me ayude la suerte. La mayor fortuna sería que nada sucediese...

—Dios lo quiera —murmuró Pearson, con fervor—. Aunque es el

último año presidencial, y pronto comenzarán las elecciones..., no quisiera que nuestro presidente terminase su mandato antes de tiempo... a causa de un asesinato como el de Dallas...

—Espero que ello no suceda. —Brian miró a Ivy después—. ¿Usted va a acompañarme, tal vez?

—Lo intentaré, pero no es seguro que pueda estar presente —sonrió ella. Luego, buscó algo entre sus ropas y lo tendió a Brian. Éste vio un documento planificado, con el sello personal del presidente de Estados Unidos, a nombre de Ivy Gold provisto de su fotografía huellas dactilares y datos personales. Vio una indicación en rojo: «Agente especial de protección presidencial. Casa Blanca. Cooperen sin discusión con el portador de este documento todos los organismos federales y estatales del país. Alta seguridad nacional»—. ¿Entiende ahora, Kervin? No soy del FBI, la CIA, el Pentágono, o el Gobierno, propiamente dicho. Soy de nadie y de todos. Ahora, mientras duren los riesgos presidenciales, perteneceré interinamente al FBI, eso es todo.

—Va veo —sonrió Brian—. Total colaboración, ¿no es así?

—Total —afirmó ella—. Seguimos idénticos objetivos. Es lo que nos une, Kervin.

—A sus órdenes entonces, agente

Q-57.

¿Cuándo salgo para Los Angeles?

—Ahora mismo —habló Pearson, tendiéndole un billete de avión—. Como ciudadano particular en un vuelo de TWA. Su misión es estrictamente secreta. Hallará en Los Angeles a dos personas que sabrán de su tarea: el secretario del presidente, Harold Mac Kever, y el mayor Robert Seldom, del Pentágono. Ellos le atenderán en el hotel *Plaza* donde ya tiene reservado alojamiento como representante de la *American Export and Import Meals and Fruits Corporation* para Estados del Pacífico.

—Muy bien —suspiró Brian—. ¿Y en cuanto a material especial, como armas secretas y recursos de emergencia...?

—Llevará poca cosa encima. Lo imprescindible, Kervin. Esta vez no ha de enfrentarse a agrupaciones de superespías, sino, como máximo, a fanáticos o a asesinos políticos. Y éstos, rara vez dejan de utilizar dos métodos eternos y eficaces: o arma de fuego... o explosivo. Es lo que tendrá que vigilar, siempre que esté junto al

presidente.

—Lo haré —prometió

M-31

solemnemente.

Lo hizo, en verdad. Pero fue inútil. No pudo impedir que, en la ciudad de Los Angeles, el presidente de Estados Unidos fuera asesinado.

El magnicidio ocurrió cuarenta y ocho horas después de su entrevista con Pearson y con Ivy Gold en el edificio del *Federal Bureau of Investigation*, allá en Pennsylvania Avenue, en Washington, D. C.

CAPÍTULO II

EL ASESINO Y EL MORIBUNDO

Brian oyó los disparos cuando ya nada tenía remedio.

Giró la cabeza. Llegó a tiempo de ver oscilar al presidente en su estrado. Luego, las manos del primer mandatario fueron al rostro. Corrió la sangre entre los dedos engarfiados angustiosamente.

La alta figura del presidente comenzó a caer...

Fue como una lenta pesadilla, a pesar de que todo sucedió en unos pocos segundos. El agente federal

M-31

echó a correr desesperadamente, abriéndose paso entre la multitud con tremendas dificultades. A su alrededor, la confusión era total.

El cordón policial le cerró el paso cerca ya del estrado, con el distintivo presidencial y la bandera de Estados Unidos. Un agente de uniforme le golpeó sin contemplaciones, con un puño en el estómago, para frenarle. Otro policía, provisto de casco de acero, alzó su porra de goma para descargarla en su cabeza.

—Agente federal —se apresuró Brian a informar, exhibiendo su credencial—. Déjeme pasar, en seguida. Soy de la escolta especial de protección...

—Llega tarde, entonces —masculó el policía, bajando su porra—. Han asesinado al presidente, ¿no lo ve?

El caos en torno era increíble. Brian comprendió que no ganaba nada con llegar hasta el presidente recién abatido de dos disparos de rifle. Aún retumbaban en su mente, con ecos alucinantes, las dos secas detonaciones de un arma pesada y poderosa, sin duda un rifle de repetición de buen calibre, a no mucha distancia de la concentración popular en el mismo centro de Los Angeles.

Un helicóptero de la policía rugía monocorde sobre la multitud. Acaso buscaban al asesino, pero la desorientación de sus tripulantes era evidente.

Brian fijó su mirada astuta en el lugar idóneo de donde pudieron partir los disparos para alcanzar al presidente en la cabeza, habida

cuenta de que, en torno, toldos y gallardetes formaban un semicírculo que impedía hacer blanco desde detrás, e incluso desde muchos puntos situados en los flancos.

El *Planetarium*.

Desde allí habían disparado. Era seguro. Brian Kervin no dudó un momento ahora.

Corrió entre la multitud, abriéndose paso con mayor facilidad que antes, debido, sin duda, a que todo el mundo se dirigía al lugar donde yacía ahora el cuerpo el primer mandatario de la nación rodeado ya por la Guardia Nacional, soldados armados y con casco de acero, policías de la ciudad de Los Angeles y agentes de paisano del FBI, la CIA y la Seguridad Presidencial.

Brian se alejó del escenario de la tragedia. Periodistas, fotógrafos, cámaras de cine y televisión se precipitaron en alud en sentido contrario al suyo. El no cejó en su carrera, alcanzando el final de la amplia avenida, y penetrando entre los setos y frondas del parque público, en cuyo centro, sobre una suave loma de jugoso césped, alzábase la cúpula centelleante del *Planetarium* de Los Angeles.

Brian llevaba sepultada su mano en el bolsillo. Dentro de éste una pistola automática «Beretta», modelo especial y calibre 44, aguardaba el momento de disparar, si se le daba esa oportunidad.

Había una entrada especial para visitantes y otra rara el personal habitual del recinto científico. Brian no se molestó en sacar el billete obligatorio, por supuesto. Pasó ante el sorprendido portero, exhibiendo su credencial casi de forma fulgurante.

—FBI —dijo—. Han matado al presidente. El asesino puede estar aquí dentro...

El portero se quedó de una pieza. Ni siquiera atinó a replicar. Brian Kervin se vio subiendo vertiginosamente las escaleras del *Planetarium*. Despreció los ascensores habilitados para el público, que subían a éste a la cúpula, desde donde veía las estrellas por la noche, o un eclipse parcial de sol, si era de día. También visitaban la exposición permanente de fotografías espaciales, en la planta baja. Pero ahora, en plena visita presidencial, no parecía haber apenas nadie allí dentro.

Kervin alcanzó el ascensor especial que subía a la cúpula. Sorprendido, vio que éste se hallaba en ascenso hacia la misma. Se preguntó quién sería el que lo llamaba. La posible respuesta le hizo

poner rígido.

Esperó. El ascensor llegó arriba. Contempló las luces. Apenas un segundo de parada, y vuelta abajo. Dudó. Esperar allí significaba aguardar, acaso, al probable magnicida al pie mismo del ascensor. Pero su mente no había dejado de funcionar.

—Muy poco tiempo —masculló, sacudiendo la cabeza. Se lanzó vertiginosamente a la puerta que asomaba a la escalera descendente del *Planetárium*. La puerta osciló tras él con violencia.

Inmediatamente vio ante sí al asesino.

Bajaba por las escaleras, como él había previsto. A enorme velocidad, devorando los escalones de cuatro en cuatro como mínimo. Era alto, y tenía larga y fácil zancada.

Llevaba un maletín plano, negro, moderno y liviano. También una pistola automática. Una «Luger *Parabellum*» calibre 45. Con largo silenciador cilíndrico, alargando el cañón del arma.

Lo levantó, rápido, contra Brian, apenas le descubrió frente a sí. Ambos hombres se miraron largamente en aquel breve instante de choque, de impacto psíquico de alta tensión.

Luego, el agente federal

M-31

disparó a través del bolsillo de su americana deportiva. Un segundo después, o acaso antes de transcurrido ese fugaz instante, lo hizo el hombre del *Planetárium*. Pero eso no importaba demasiado. Lo importante de verdad es que Kervin se había anticipado. Kervin disparó antes. Y eso era lo que contaba.

El hombre tosió secamente, al tiempo de disparar. Su bala salió alta, muy por encima de la cabeza de Brian. El cuerpo osciló en los escalones en espiral que bajaban de la cúpula del *Planetárium*. La sangre fluyó en su pecho. Aun así, con un esfuerzo supremo, volvió a adelantar el brazo, apuntó hacia Brian...

Kervin disparó sobre un hombre ya malherido, pero cuyo segundo impacto de bala podía ser funesto para él. Tuvo que apuntarle preciso, decidido, a un punto vital: la cabeza. No quería hacerlo, pero lo hizo.

El hombre de la «*Parabellum*» emitió un grito ronco. Su oscilación se hizo más evidente, y fue contra el muro. Allí resbaló, despacio, disparando al azar. La bala maulló, al rebotar en una barandilla metálica. Fue el único ruido de aquel disparo, unido al sordo «ploc»

del arma silenciosa. Luego, con la frente repentinamente bañada en sangre, el hombre cayó de bruces, rodó de escalón en escalón hasta los mismos pies de Brian Kervin, que le contempló inexpresivo.

Supo que estaba muerto. Hubiera preferido cogerle vivo, pero había muerto en la lucha. Y murió vendiendo su pellejo al mayor precio posible. Brian contempló la muesca de la bala rebotada, junto a su rostro, en el muro de la escalera de caracol del *Planetárium*. Se tocó mecánicamente la mejilla. Los dedos aparecieron enrojecidos. La sangre goteaba por una rasgadura en su rostro.

Se inclinó. Probó a abrir el maletín. No respondía la cerradura. Disparó contra ella a quemarropa. Reventó el metal. Alzó la tapa del maletín negro.

Sus últimos temores de haber abordado a un inocente se eclipsaron. Allí dentro, cuidadosamente desmontada en piezas, una moderna carabina de mira telescópica reposaba sobre un blando lecho de terciopelo. Tocó el cañón. Olió sus dedos.

—Pólvora... —musitó—. No hace ni diez minutos que fue disparada...

Era un arma liviana, pero tremendamente precisa, sobre todo a largas distancias, gracias a la precisión y exactitud de su juego telescópico. Calibre 40. Marca y modelo extranjeros. Muy moderna. Y muy cara.

Tomó consigo el maletín. Miró arriba. Nadie más bajaba de la cúpula del *Planetárium*; tampoco esperaba que lo hiciesen. Cosas así se hacen en sociedad. Son siempre un complot minucioso donde entra mucha gente. Pero sólo un hombre actúa, llegado el momento. El tirador. El asesino.

Sacudió la cabeza, contemplando el cadáver. Echó a andar hacia la salida.

—Lástima... —comentó entre dientes—. Lástima que no haya podido cazarte vivo...

Pero no conducía a nada lamentarse. Brian abandonó el *Planetárium*. Ya venían coches-patrulla de la Policía Metropolitana de Los Angeles. Brian se detuvo cerca de ellos. Le encañonaron con armas automáticas. Se limitó a alzar los brazos, con un suspiro, pronunciando claramente algunas palabras a los malcarados agentes que empezaban a rodearle arma en mano.

—Cuidado, no disparen —avisó—. Soy Brian Kervin, agente especial

del FBI, División de Defensa Nacional... Con misión de escolta especial del presidente.

—Pues se lució, amigo —dijo, irónico, un oficial uniformado—. Su protegido está muerto.

—Ya lo sé —dijo secamente Brian mirando de hilo en hito al sarcástico policía—. Pero el asesino de «mi protegido» está ahí dentro, en el *Planetarium*. Muerto. Y yo le maté, amigo...

Altivamente, Brian no esperó a más, dirigiéndose adonde mayor era el confusionismo tras la agresión armada al presidente. Una ambulancia ululaba ya por Wilshire, llevándose el cuerpo del máximo mandatario del país.

Un militar alto, bronceado, severo, de ojos pardos y cabello canoso, daba órdenes apremiantes a unos grupos de soldados armados que se iban dispersando en torno al lugar del atentado, fusil en ristre. Todas las expresiones eran sombrías.

—Hola, Kervin —saludó el militar—. ¿Algo nuevo?

—El tirador. Está muerto —informó, escueto, Brian.

—¿Qué? —estalló el hombre de uniforme.

—Lo que dije. Está sin vida. En el *Planetarium*. Aquí está el arma del crimen. —Mostró el maletín—. Hubiera querido capturarlo vivo, mayor Seldom, pero no pudo ser.

—Sí, entiendo. —El mayor Robert Seldom señaló su mejilla—. Está usted herido...

—Fue solo el roce de un proyectil rebotado, mayor. ¿Y el presidente? ¿Falleció?

—Clínicamente, no —rechazó Seldom—. Estaba agonizando. Lo han conducido al hospital de Inglewood con toda urgencia. Pero mucho me temo que lo peor ha sucedido... Kervin, ¿sabe usted quién es el asesino?

—Todavía no —negó Brian—. Pero parecía norteamericano. No tiene aspecto extranjero, en absoluto. Lo dejé con la policía de Los Angeles, por si era posible hacer aquí algo más práctico.

—Desgraciadamente, no —rechazó el mayor Seldom—. Ahora, todo está en manos de Dios...

—Iré al hospital —suspiró

M-31

—. Es preciso saber cómo evoluciona el presidente...

—No vaya. No le dejarán entrar.

—Usted sabe que pertenezco a la fuerza especial de protección, mayor.

—Claro que lo sé. Pero he oído lo que decían el vicepresidente y algunos de mis compañeros del Pentágono. La orden es tajante para todo el mundo, sin excepción: nadie debe llegar hasta el presidente. No se facilitarán tampoco boletines médicos en las próximas doce horas. Nada de nada, Kervin. Reserva absoluta. Usted debe entenderlo mejor que nadie: seguridad nacional.

Brian asintió con un gesto resignado.

—Sí, mayor —dijo—. Lo entiendo. Seguridad nacional. Aun así..., lo intentaré.

Y se alejó presuroso, sin dejar el maletín ocupado al presunto asesino presidencial en el *Planetarium* de Los Angeles.

* * *

—No —negó el general Douglas Lancaster, del Alto Estado Mayor, rotundamente—. *Top secret*, Kervin. No puede entrar en el hospital.

—Pero sólo trato de averiguar el estado del presidente, señor. De esperar noticias... No intentaré verle siquiera.

—Sería inútil también —sonrió duramente el militar de canoso cabello, rostro afeitado y terso y duros ojos azulados. Se frotó el delgado bigote blanco sobre sus labios apretados y rígidos—. Es secreto de Estado, al menos por el momento. Tres médicos especialistas, los tres mejores cirujanos de Los Angeles, están encerrados ahora en el quirófano con el presidente de Estados Unidos. Guardia armada cierra todo acceso a ese quirófano y a la sala donde será depositado tras la operación si sobrevive a ella. Tropas y agentes especiales con orden de disparar sobre quien sea.

—¿Incluso sobre un miembro de Defensa Nacional? —dudó Brian.

—Incluso sobre el vicepresidente, el secretario Mac Keever, sobre mí o sobre cualquier otro. Nadie, absolutamente nadie, sin excepciones, puede llegar hasta el presidente. Vuelva a la ciudad, hágame caso. Aquí perderá su tiempo. Hay más de trescientos hombres en este recinto sanitario, bloqueando todos los accesos, con orden de disparar, y bajo un estado real de ley marcial.

—Entiendo, general. No quieren correr riesgos.

—Ninguno —aseguró enfáticamente el general Douglas Lancaster—.

Esto puede ser un golpe de Estado. Se han tomado todas las medidas de seguridad posibles.

—Yo más bien me inclinaría por un vulgar atentado. Por la labor de un fanático, probablemente.

—Pudiera ser. La Constitución de nuestro país no ofrece resquicios a cualquier intento de alterar los sistemas establecidos. Pero nunca se puede estar demasiado seguro. Ocurren cosas extrañas últimamente. Recuerde que hace sólo una semana, una personalidad política y económica de gran importancia en el país, e incluso fuera de nuestras fronteras, como el famoso Nathaniel Agnew, magnate de aceros y combustibles, y amigo personal del presidente, desapareció de modo misterioso, sin que hasta el momento haya aparecido, muerto o vivo, ni nadie haya reclamado rescate alguno por él. Agnew acababa de firmar el convenio de concesión de combustibles más importante de nuestra época con varios países de Oriente Medio, y era un importante intermediario de la nueva política comercial e industrial con respecto a la China Continental de Pekín. Pues bien; nada se sabe de Nathaniel Agnew aún. Y hoy ocurre lo del presidente... Todo ello tiene las trazas de un complot minuciosamente preparado contra la seguridad de nuestro país, Kervin.

—Es posible, general, pero pudieran ser dos hechos desligados por completo entre sí...

—No sabemos lo que será. Lo que sí es cierto es que el Pentágono está dispuesto a salvaguardar la seguridad nacional a cualquier precio. No asumimos el poder porque el país tiene perfectamente definidos los cauces constitucionales para evitar una crisis trágica en estos momentos. El vicepresidente, hasta que se terminen las próximas elecciones, es el responsable de todo. Ahora estará jurando su cargo, en tanto el presidente se mantiene incapacitado. El país sigue su ritmo. Pero nadie, bajo ningún pretexto, estará cerca del primer mandatario mientras dure el estado de emergencia en el país.

—Comprendo —suspiró Brian, inclinando la cabeza—. Y acepto la medida. Es prudente y sensata. Dios quiera que sirva para algo...

Se alejó de la puerta del hospital seguido por curiosas miradas de los soldados y policías que formaban estrecho cordón en torno. Una vez fuera de sus amplios jardines, Brian se detuvo, ceñudo, frente al

automóvil en que se trasladara al centro sanitario de Inglewood.

—Quisiera saber lo que sucede allá adentro —masculló, hablando consigo mismo. Miró hacia el edificio. Dos de sus pisos aparecían con las ventanas herméticamente cerradas y ajustadas. Imaginó que allí estaría ahora dilucidándose todo en torno a una vida humana especialmente importante. Quizá, al mismo tiempo, en torno al propio futuro del mundo.

Le hizo volver la cabeza una sirena policial, abriendo paso a una hilera de vehículos. Se quedó junto a su coche, vigilante. Vio llegar dos coches-patrulla delante, y otros dos detrás. En medio del grupo, otros tres coches negros, de lujoso modelo y marca. Con distintivos diplomáticos y la inconfundible bandera de un país oriental.

Recordó a los ilustres huéspedes del presidente: los miembros de la misión asiática.

Imaginó que no serían recibidos. Y acertó. Les vio dialogar con el general Lancaster, e incluso pasar al amplio vestíbulo del hospital. Pero sin que los guardias armados de ascensores y escaleras dieran paso a los visitantes.

Brian sonrió. Cuando menos, la prohibición era total. La vida del presidente sólo dependía ahora del curso de sus graves heridas de bala, no de posibles complicaciones posteriores.

Se dispuso a entrar en su coche y alejarse. Pero en vez de ello, súbitamente, cerró de golpe la portezuela, y saltó hacia los setos que bordeaban la alta valla de la residencia sanitaria. Se metió entre ellos, desapareciendo a los ojos de los transeúntes.

La tapia de piedra era realmente inabordable. Un alto obstáculo de cuatro yardas de muro liso. Pero Brian tenía sus métodos. Sus propios métodos para allanar ciertas dificultades.

De su americana extrajo algo, adherido entre el forro y el tejido. Despegado el forro de su particular modo de adherencia, revelaba dentro la presencia de unas peculiares placas circulares de goma negra. Eran seis. Las aplicó, rápido, sobre sus pies, rodillas y manos. Se adhirieron a la ropa, formando seis ventosas de un especial sistema de adherencia a cualquier superficie lisa. Brian comenzó a trepar el muro por su lado menos visible en la parte posterior del hospital y frente a los jardines de Inglewood.

Su maniobra fue tan rápida que le permitió utilizar el tiempo libre entre un cambio de semáforo, allá en la adyacente avenida. Cuando

desfilaron algunos coches por aquella zona posterior del hospital, Brian ya estaba en lo alto de la cerca. Y descendió hasta los jardines interiores de un ágil salto, parapetándose tras los frondosos setos.

Allí esperó, pacientemente, a que se hiciera de noche. Cuando la oscuridad fue muy densa, el hospital se llenó de lucecillas. Cada ventana era un rectángulo de luz. El vestíbulo irradiaba claridad, el parque se iluminó de globos blancos, y una serie de coches-patrulla y *jeeps* militares invadieron el acceso principal con sus faros encendidos, iniciando una guardia cerrada a todo intruso. Afuera, la Prensa, la radio y la televisión rivalizaban ya en tener acceso al hospital donde posiblemente agonizaba a estas horas un presidente asesinado.

Dos pisos solamente mantenían cerradas y oscuras sus ventanas. Eran los pabellones de cirugía de urgencia y traumatología. Allí se dilucidaba todo. A vida o muerte. Con muchos tantos de ventaja para esta última...

Kervin avanzó pegado a los setos y macizos de arbustos. Reptó sobre la húmeda hierba, y alcanzó así el muro trasero del hospital. Había dos *jeeps* de guardia allí, y un piquete armado en el exterior. Nadie adentro, porque no podían imaginar que alguien pudiera deambular por allí sin haber sido advertido antes por los servicios de vigilancia.

Brian comenzó su tarea. Su difícil, ardua, peligrosa tarea: escalar los muros del hospital. Hacia las plantas undécima y decimosegunda, las de ventanas cegadas a la noche. Las plantas donde una vida trascendental se debatía entre la luz y la sombra. Entre el ser y el no ser.

Otra vez sus ventosas le servían de auxiliar inapreciable. Aquel caucho especial, dotado de una adherencia química sorprendente, actuó sobre los muros. Brian, como una gigantesca y sigilosa araña humana, comenzó a subir, a subir en la sombra sobre el blanco muro del hospital...

CAPÍTULO III

MUTACIÓN

La camilla rodó velozmente por el corredor. Una doble hilera de la Guardia Nacional, fusil en ristre y casco de acero sobre sus rostros herméticos, cubrían toda posibilidad de filtración.

El doctor Ralph Strasberg, de neurocirugía, se quitó la mascarilla y el gorro, sudoroso y fatigado. Se apoyó en la mesa de operaciones recién evacuada.

—Dios... —murmuró, roncamente—. Y todo esto para nada...

Su ayudante, el doctor Bernard Culver, joven cirujano y traumatólogo, le miró pensativo, sombrío, empezando a quitarse los guantes de goma, machados de sangre.

—Quizá un milagro... —sugirió.

—No. No creo en esa clase de milagros, doctor Culver —rechazó su jefe—. Usted sabe que no hay remedio. Se hizo lo imposible. Vive aún... Pero ¿por cuánto tiempo? Posiblemente, no más de unas horas. Mañana habrá muerto, pase lo que pase.

—Usted lo ha dicho, doctor Strasberg. Se hizo lo imposible. Nada puede reprocharse.

—Uno siempre se reprocha que no sea capaz de hacer más, algo más. Lo suficiente para que una defunción no se produzca, para que un hombre viva. Sea él... o sea otro cualquiera.

—En su caso concreto..., ¿qué va a suceder mañana?

—No lo sé, doctor Culver. Ocurrió ya otras veces, y el mundo no se rompió en pedazos. Espero que esta vez ocurra igual, cuando menos. Otro hombre registrará nuestros destinos, amigo mío.

Los dos médicos se quedaron quietos, pensativos, mirándose con fijeza. Algo parecía influir en ellos, coartar sus expresiones. Era algo oculto; posiblemente, algo que ni ellos mismos entendían. De repente, el joven doctor Bernard Culver fue quien rompió el silencio, con tono indeciso:

—Doctor Strasberg, ¿se dio usted cuenta de...?

—Sí —dijo gravemente el médico. Miró a su interlocutor—. Sé lo

que usted quiere decir, doctor Culver. Me di cuenta. Y me intrigó tanto como a usted. Lo atribuyo a un posible fenómeno de tipo psíquico... No puede ser otra cosa.

—Pero él..., hubo un momento en que él, clínicamente..., estuvo *muerto* —susurró Culver, frotándose sus labios resecos, con gesto perplejo.

—Cierto. Muerto por completo. Ni pulsaciones, ni movimientos en el corazón..., ni siquiera reflejos mentales. El electroencefalograma señaló un «cero» total en actividades cerebrales. Pero algo sucedió en él... y reaccionó. Ahora vive, aunque sea como de prestado. Lo que me pregunto es: ¿Cuántas horas o minutos durará aún su vida, doctor Culver?

—Sólo Dios lo sabe —jadeó el joven médico—. Cuando vuelva a pararse todo en ese cuerpo, doctor Strasberg..., será definitivo.

—Sí. Esta vez, sí. Definitivo. Será la muerte de nuestro presidente...

* * *

—Muerto —dijo roncamente la doctora Marsha Cummings, tras una última mirada a su cronómetro—. El presidente ha muerto.

Los presentes se miraron entre sí, consternados. Uno de los hombres uniformados, con el distintivo del Alto Estado Mayor, se inclinó, examinando al paciente. Luego, meneó la cabeza en sentido afirmativo.

—Sí —dijo—. No hay duda. Ha muerto.

Algún lejano carillón dio hasta diez campanadas. No había durado mucho el hombre agonizante. Apenas dos horas tras la operación. Ahora, ya no había remedio. Acababa de expirar.

La doctora Cummings alzó el teléfono. Llamó a un número del hospital. Informó escueta, cuando la respondieron:

—Con el doctor Strasberg, sí. Es urgente. Dígale que todo terminó aquí.

Colgó. El entendería. El hospital tenía órdenes severas. Nadie podía informar al exterior, en tanto no lo autorizasen los servicios de Inteligencia Civil y Militar del país. La CIA y el Pentágono controlaban ahora la situación allí dentro.

Un agente especial de la CIA, presente en la cámara presidencial, puso piadosamente una sábana sobre el rostro del cadáver. El alto

jefe militar afirmó. La doctora Cummings no hizo comentario alguno. Se limitó a escribir fríamente en un parte médico:

«Fallecimiento a las veintidós horas exactamente. Trauma cerebral y colapso. No recuperó el conocimiento».

Firmó, como médico de guardia junto al presidente. Luego, exhaló un suspiro, paseando hasta la puerta. El agente de la CIA y el miembro del Pentágono cambiaron una mirada en silencio.

—Y ahora..., ¿qué? —se preguntó en voz alta el militar, cruzándose de brazos.

—No sé. —El agente de la Agencia Central de Inteligencia se encogió de hombros—. Ya era de prever, ¿no?

—Aun así, es un problema —sonó la voz de la doctora Cummings—. Un problema trascendental. El país se quedó sin presidente.

—Y eso, con ser malo..., no es lo peor —sentenció con extraño tono el militar.

La doctora Cummings salió de la estancia. El agente de la CIA se metió en el lavabo anexo, cerrando tras de sí. Se le oyó jurar en voz baja, pero sus palabras resultaron ininteligibles.

El militar se quedó solo. De espaldas a la ventana. Contemplando el cuerpo sin vida. Luego, decididamente, fue hasta el lecho. Levantó un poco la sábana. Entre dientes, dijo algo ahogado, difícil de entender.

Desde los vidrios de la ventana, a través de las rendijas de una blanca persiana plástica, colgado sobre doce pisos de altura, Brian Kervin, la humana araña adherida al muro y a la angosta cornisa de la planta aquélla, comprobó, con estupor, que el presidente había cambiado de rostro.

* * *

Sencillamente, eso: había cambiado. No era el presidente.

Sus cabellos seguían siendo iguales. Levemente canosos, ondulados, suaves. La misma frente amplia, noble y despejada. Pero eso era todo. Eso, y una débil cicatriz sobre la patilla derecha.

Lo demás era diferente. Lo demás *no era* el rostro presidencial que él y todos conocían.

Era una faz nueva, extraña, tersa, inquietante. Era un rostro tirante, como de oblicuas facciones...

Y aquello no parecía extrañar en absoluto al alto jefe del Pentágono, presente en la estancia. De haber sido otro, Brian diría que no conocía al presidente, o estaba confuso por lo ocurrido. Pero nada de eso podía suceder. Porque aquel hombre era, nada menos, el general Derek Winslow, colaborador personal de la Casa Blanca y asesor militar y estratégico del presidente.

Pese a ello, el militar bajó la sábana de nuevo, cubriendo el cadáver, con gesto de total normalidad. Sin hallar en ello nada extraordinario. O, cuando menos, sin aparentarlo.

Brian se mantuvo pegado al muro, junto a la ventana de la estancia del hospital donde muriera el presidente. O quien fuese aquel ser de nuevo y extraño rostro desconocido. No podía hacer ninguna otra cosa, en tanto el general Winslow, un hombre de total confianza dentro de las altas esferas políticas y militares del país, permaneciese junto al cadáver.

Era incómodo permanecer allí. También peligroso, pese a la adherencia de sus especiales ventosas. Abajo, muchas yardas más allá de sus pies, se extendía el oscuro jardín. Encima de él, el resto del edificio, con docenas de luces rectangulares en cada piso, lo mismo que debajo de él.

Alrededor suyo, en la noche, un auténtico cerco de hombres armados y vehículos blindados, protegiendo el hospital donde, oficialmente, el presidente aún vivía en lucha con la muerte, tendido en el quirófano de urgencia.

De súbito, la decoración cambió para Brian. El general Winslow se encaminó bruscamente a la salida. Abrió la puerta, saliendo de la estancia. El cuerpo del presidente quedó solo en el lecho. Fugazmente, Brian descubrió en el corredor a los agentes uniformados y de paisano, montando estrecha guardia ante la entrada a la habitación. Nadie entró para suplir al alto jefe del Pentágono.

M-31

actuó rápido. Uno de sus adhesivos se pegó al vidrio, al accionar él la rodilla. Con una mano, recorrió el vidrio circularmente,

quebrándolo con un duro diamante. Atraído hacia sí el fragmento desprendido y lo quitó de su ventosa dejándolo en la cornisa. Luego, inclinóse, pasó la mano, levantando la persiana y accionando después el pestillo. Alzó el postigo de guillotina. Y entró en la cámara presidencial.

Rápido, avanzó hasta el cadáver. No había tiempo que perder. Su mano derecha extrajo de su cuello la delgada cadena que sostenía la diminuta cámara fotográfica para microfilmes; aparato de gran sensibilidad y objetivo muy luminoso, contenido dentro de una falsa medalla esmaltada. Disparó tres fotografías sobre el rostro del presidente inerte, cuya faz era como una máscara de goma o plástico estirada e inverosímil, sin ninguna semejanza con la del fallecido gobernante. Sólo su cabello y algunos rasgos ofrecían un parcial recuerdo del que fuera su auténtico rostro.

Brian, después, tocó su epidermis. Sorprendido, notó que cedía, como si fuese cera blanda, o una materia plastificada. Pero no lo era. Al retirar los dedos, el rostro recuperó su tersura. Y, ciertamente, no se trataba de ninguna máscara. Era piel humana. Y carne humana lo que había debajo.

Empezó a incorporarse. Justo entonces, sus agudizados sentidos captaron el peligro. Era algo instintivo, algo que hacía prender en el fondo de su mente una repentina luz roja, un aviso súbito y urgente. Se revolvió muy a tiempo. Con una sorda imprecación, el agente de la CIA llevó su mano a su axila, extrayendo un arma reglamentaria. Acababa de salir del cuarto de aseo, y, dominando su sorpresa, atacaba a Brian, con una palabra áspera y agresiva:

—¡Traidor, asesino!...

Brian no podía aguardar pasivamente. Y menos en aquellas circunstancias. Esperó a que el agente secreto tuviera el arma en su mano. Entonces disparó su pierna derecha y su brazo izquierdo, en un doble impacto de karate.

El enemigo era experto en tales lides, porque eludió el disparo del brazo, aunque no totalmente el de la pierna, y la cabriola vertiginosa de Kervin en el aire, le lanzó a él contra el muro, cuando fue alcanzado por su rodilla, dolorosamente.

No pudo gritar, porque perdió el aliento. No pudo disparar, porque su mano se estiró, al abrirse los dedos, soltando el arma. El golpe seco de Brian había provocado en él una tremenda convulsión

nerviosa.

Aun así, se rehízo, pasando al ataque, y demostrando que los medios de lucha orientales no le eran desconocidos. Brian tuvo que eludir, apuradamente, dos mazazos mortales de los dorsos de aquellas duras manos, buscando su carótida para quebrarla.

Vio que el enemigo recuperaba el aliento y se disponía a gritar pidiendo ayuda. Rápido, el agente

M-31

amagó dos golpes vertiginosos, ambos con sus manos. El agente de la CIA se cubrió expertamente de ambos. Pero ello le dejó indefenso frente a otros golpes. Y Brian no había pensado nunca en hacer impacto con aquellos dos amagos sin terminar.

Lo que hizo, justamente, fue todo lo contrario. Accionó su pierna derecha tras aquel segundo intentó. Y brincó en horizontal, tijereteando sus piernas contra el cuello y nuca del adversario.

La presa fue violenta y seca. Giró en el aire, derribando al enemigo. Una vez lo tuvo sujeto en tierra, agitándose ahogadamente, con aquella férrea presión en torno a su cuello, se revolvió, lanzando dos impactos bruscos, demoledores con sus manos abiertas, de canto, sobre el hígado y estómago del agente de la CIA.

Éste perdió el aliento y la consciencia, asfixiándose en el suelo. Se agitó, convulso. Brian se puso en pie, elástico. Le bastó un seco mazazo más, en la nuca. Y el contrario se quedó inmóvil, desvanecido por bastante tiempo.

Brian Kervin corrió a la ventana, la salvó, cerrando de nuevo, tras haber bajado la persiana plástica. Luego, se adhirió al muro, como una extraña lapa humana. Justo entonces oyó entrar a alguien en la habitación del difunto presidente del rostro alterado. Sonó una imprecación, y la voz del general Winslow proclamó, perpleja:

—¡Es Burke, de la CIA! ¡Algo le sucede, está desvanecido!...

Burke no tardaría mucho en recuperarse con ayuda ajena. Era preferible alejarse lo antes posible del hospital, y eso es lo que hizo Brian. Descendió por el muro a velocidad increíble, moviendo brazos y piernas en perfecta sincronización. Una vez en el suelo del oscuro jardín, corrió, agazapado, hacia la alta tapia, por el lado que imaginaba más oscuro y menos vigilado desde el exterior.

Apenas estaba en ella, salvándola hacia la calle en sombras, cuando sucedió lo peor.

Arriba, en los pisos decimoprimer y decimosegundo, surgió una súbita, cegadora llamarada. Reventaron las ventanas, se resquebrajó el muro, brotando oleadas de fuego y humo por todos los resquicios, en medio de una atronadora explosión, que sacudió los cimientos del gran centro clínico, e incluso de jardines y tapias. Vidrios, muebles y cuerpos humanos, convertidos en aterradoras piras vivas humeantes y dantescas, saltaron al vacío, dispersándose en torno.

Brian, a horcajadas sobre la tapia, contempló con horror aquel holocausto tremendo, que levantaba ya una acre, densa polvareda, entre la que centelleaban los fulgores de las llamas. Sirenas y sistemas de alarma acústicos atronaron la noche. Hubo silbatos agudos en calles y jardines, y los faros de los vehículos militares deslizáronse en la sombra, en aturridos desplazamientos, para acudir en ayuda de los siniestrados dentro del hospital.

Kervin no volvió atrás. Supo que era inútil. Y peligrosísimo.

De cualquier modo, fuera lo que fuese lo ocurrido, el piso donde muriera el hombre que había dejado de ser físicamente el presidente apenas expiró, era ahora un caos de fuego, humo, destrozos, sangre y muerte.

Posiblemente, con todo ello, se perdía la más clara y evidente prueba de que el hombre asesinado aquel día en el atentado de Los Angeles *no era* el presidente de Estados Unidos: su cadáver.

Y con él, tal vez, hubo otros muchos sacrificados: el general Winslow, del Estado Mayor del Pentágono, un agente de la CIA..., médicos, enfermeros, soldados, policías...

—Dios mío —jadeó Brian, roncamente—. ¿Qué está sucediendo aquí?

CAPÍTULO IV

CATÁSTROFE

Se llamaba Jeremiah Kelly. Alguien le había llamado una vez «Ojos» Kelly. Pero eso no era suficiente para reflejar la insólita realidad de aquel hombre. Y quizá por ello otros llevaron más lejos el sentido del apodo, denominándole «Prismáticos» Kelly.

Ahí sí reflejaban con exactitud la clase de extraño ser que era Jeremiah Kelly. Sus ojos eran su profesión. Y la ejercía a fondo. Con los mejores beneficios posibles.

Además de tener unos enormes ojos saltones, de auténtico batracio, y una cara redonda y fofa como la de la propia rana, esos ojos poseían una capacidad pasmosa, casi inverosímil, para ver a distancia.

Unido ello a los gruesos lentes especiales de sus gafas con montura de oro puro, macizo y rutilante, hacían de «Prismáticos» Kelly un auténtico hombre-binocular. Le bastaba una fija mirada a larga distancia para, sin ayuda de binoculares o anteojos de larga vista, señalar la presencia de cualquier hecho o persona en el punto elegido.

Un oftalmólogo ilustre había dicho una vez de él, que la gente como Jeremiah, o nace ciega, o se muere por una deformidad congénita... o surge una especie de pequeño monstruo o ser excepcional, dotado de un don privilegiado. Éste era el caso de Kelly. Él podía ir a un espectáculo, en un recinto como el *Hollywood Bowl*, y ver, desde la última fila del inmenso anfiteatro al aire libre, el color de ojos de una cantante, o la clase de botones que un músico lucía en su frac, si no se dedicaba, alegremente, a contar las corcheas y semicorcheas de una partitura musical, sobre el piano del concertista de turno.

En la Primera Guerra Mundial hubiera sido un fenómeno, pero tenía entonces ocho años, y el ejército y la marina pensaron que era demasiado riesgo fiar en un niño, por superdotado que resultase, para vigilar desde la cubierta de un navío o el puesto de control de

un destacamento militar, al acecho del adversario, sin uso de prismáticos de campaña:

Luego, cuando llegó la guerra oficiosa de Corea y la no menos oficiosa de Vietnam, el prodigioso Kelly, ya en plena mayoría de edad, se las ingenió para pasar desapercibido y ser olvidado por las fuerzas armadas, a lo que quizá contribuyó en gran parte su numerosa serie de condenas y antecedentes delictivos, como compinche de ladrones, estafadores y granujas de todo tipo en el mundo del hampa.

Ahora, «Prismáticos» Kelly tenía empleo fijo, y lo cumplía a la perfección. No quería cambiar de empresa, aunque sus ingresos oficiales eran nulos, ya que no estaba inscrito en ninguna nómina legal del mundo laboral, y figuraba a todos los efectos como «sin empleo». Trabajos como el suyo no eran de los que pasaban por caja. Y su empresa, ciertamente, tampoco se inscribía en ningún sindicato. De haberlo hecho en uno, sin duda que hubieran elegido al *Murder Incorporated*.

Esta vez, «Prismáticos» Kelly tuvo el premio justo a sus portentosas facultades. Se le había asignado una tarea, y la cumplió fielmente.

Pocos momentos después de abandonar su puesto de trabajo, estaba comunicando por radio, a través de un potente pero liviano emisor-receptor de onda especial, con alguien situado a considerable distancia de Los Angeles.

Sus palabras, si hubieran sido escuchadas por algún casual radioaficionado que captara su sintonía, no hubiesen tenido el menor sentido, puesto que eran pronunciadas conforme a un código cifrado de difícil traducción.

Pero allá, en la estación receptora, un traductor automático de tipo electrónico, programado para traducir solamente aquel sistema codificado, iba recibiendo el mensaje, y reproducía su auténtico sentido en una tira impresa, como de *télex*, que surgía por una ranura, hasta las manos de una inexpresiva operadora. Una dama de cabellos negros, lustrosos y largos, cuyo uniforme era de color gris perla, con correa negra, y dos letras S. sobre un escudo rojo, encima del prominente seno izquierdo.

El texto, traducido, iba informando, escueto, tras la impresión por la computadora:

«Hombre vigilado resultó ser Brian Kervin. Agente especial del FBI. Entró en el hospital Inglewood por la ventana. Escaló utilizando ventosas especiales. Entró en la planta del presidente. Luego ocurrió el siniestro a pocos momentos de abandonar Kervin el hospital. Se ha dirigido directamente al aeropuerto de Los Angeles. Con nombre supuesto ha adquirido pasaje en avión nocturno de madrugada hacia Washington. Avión tiene salida exacta tres cuarenta mañana. Vuelo 762. Espero instrucciones M-31

».

La receptora se incorporó, activa, apenas firmó «Prismáticos» Kelly con unas siglas especiales en clave. Arrancó la tira de la computadora, y se encaminó con paso rápido a una especie de buzón en cuyo interior zumbaban mecanismos eléctricos. Introdujo la cinta, que fue engullida por el ingenio. La morena y exuberante dama esperó. Su uniforme era una malla gris, elástica, ceñida endiabladamente a su cuerpo voluptuoso. Pero cuantas personas de idéntico uniforme que se cruzaban con ella, ni siquiera dirigían una mirada de admiración a sus generosas curvas, por una razón elemental: todas ellas eran del mismo sexo que la bella dama del pelo negro. Todas eran mujeres, de uniforme gris, con la doble letra S. sobre el escudo rojo.

Y todas ellas, morenas, rubias o pelirrojas, eran igualmente altas, hermosas, de arrogante figura y ceñido uniforme... También todas eran singularmente inexpresivas, frías y mecánicas, como hermosos y deshumanizados robots vivientes.

En otro departamento del singular recinto donde se recibían los informes de «Prismáticos» Kelly, unas manos de mujer recibieron aquel mensaje. Lo leyeron unos verdes ojos fulgurantes, astutos y fríos.

Luego, la mano pulsó unas teclas sobre su mesa. Una tarjeta gris se perforó con unos orificios. La tarjeta se depositó en la misma ranura por donde llegara el mensaje cifrado. Y por allí descendió a la computadora.

La morena operaria retiró la tarjeta gris. La aplicó a la

computadora. Zumbó ésta en funcionamiento rápido. Brotó otra tarjeta, ésta escrita con caracteres claros, nítidos. Su contenido era breve. Muy breve:

«Plan 167. Maten a Kervin. No debe llegar a Washington jamás. Samantha».

* * *

—Es terrible salir de Los Angeles hoy, ¿no cree?

Brian se volvió, receloso. Miró al asiento inmediato al suyo. Asintió, pensativo.

—Sí —convino—. Es terrible. Todo son controles de policía y cosas así. La situación es muy difícil, señorita.

—Lo imagino. En pocas horas todo ha cambiado tanto... El presidente ha muerto, el hospital donde agonizaba fue dinamitado... —La viajera inclinó la cabeza, añadiendo confidencialmente—: Y según rumores, el ejército está en estado de alerta, y todas las fuerzas armadas de los Estados Unidos, apostadas en bases de ultramar, también se mantienen en pie de guerra.

—Sí, es lo que se acostumbra a hacer en estos casos —admitió Kervin, pensativo, mirando a través de la ventanilla al exterior radiante de luz, en el aeropuerto internacional de Los Angeles—. Siempre existe el peligro de una crisis mundial repentina. El vicepresidente tiene que afrontar ahora una situación dramática.

—¿Quiénes habrán sido los autores del doble atentado? —se preguntó ella en voz alta—. Unos dicen que los comunistas, otros que ciertas facciones políticas del propio país...

—Seguramente, ni usted ni yo sabremos fácilmente quién provocó todo esto —dijo Brian, pensativo—. Los periódicos manejarán cien posibilidades... y quizá ninguno acierte.

Se les avisó para que se aplicaran los cinturones. El avión iba a despegar. Era un *jet*, un «Boeing 707» de la TWA en sus líneas continentales. Tenían que atravesar todo el país, para llegar a Washington, contra la marcha del sol. Llegarían allí, a la costa este de los Estados Unidos, ya avanzada la mañana, dada la ruta inversa

al reloj.

Mientras Kervin se sujetaba el cinturón, observó de soslayo a su compañera de viaje. Con curiosidad pero también con muy disimulado recelo. Nunca se fiaba de nadie cuando estaba metido en algo importante. Y esto lo era. Había fracasado en la protección presidencial que le pidiera su jefe, Pearson, y la bella Ivy Gold, de Seguridad Nacional. Pero aún quedaba algo por hacer. Y por ello regresaba a Washington sin esperar órdenes o instrucciones de nadie. Todo era demasiado importante para perder el tiempo. Y demasiado urgente...

Brian hubiera podido comunicar por radio con alguna estación de escucha del FBI. O hablar con sus colegas en Los Angeles. Pero no se había atrevido a ello. No se fiaba de nadie. Estaba ocurriendo algo. Y quería estar seguro de sus pasos. Después de tener que luchar a muerte con un agente de la CIA, y después de ver cómo un alto jefe del Pentágono parecía indiferente y nada sorprendido ante un presidente cuyo rostro cambiaba al morir, no quería dar un solo paso en falso.

Su vecina parecía perfectamente inocente en todo eso. Una viajera más haciendo cábalas, como todo el mundo a estas horas en el país, sobre la suerte futura de la nación, y sobre el misterio de aquel magnicidio desconcertante.

Sólo que... era una viajera muy bonita. Muy atractiva y muy joven. Sus cabellos eran de un rojo suave, caoba, en perfecto juego con su rostro rosado, pecoso, y sus ojos azules y límpidos. Tenía unas facciones graciosas y sugestivas, una boca carnosa y tentadora, y una figura esbelta y armoniosa, que ella realzaba con su breve falda sobre las piernas llamativas, bronceadas.

Viajaba solamente con un pequeño maletín liviano, y un portafolios negro, de asa plateada. Llevaba bastantes diarios y revistas. Los periódicos eran últimas ediciones de los rotativos locales, con las enormes letras negras, destacando en sus primeras páginas, impresionantes y terribles:

«¡EL PRESIDENTE ASESINADO!»

El *jet* despegó. Remontó el vuelo sobre Los Angeles. Se alejó hacia el Este.

Brian miró atrás. No había sido difícil hallar pasaje en aquel avión.

Apenas si eran una docena los viajeros. El trágico suceso del día había paralizado muchos viajes, y dificultado otros. Los problemas con la policía eran uno de los obstáculos para salir de Los Angeles. La voladura del hospital de Inglewood había terminado de excitar más aún a las autoridades. Los boletines de urgencia emitidos por la radio y la televisión durante la noche hablaban de decenas de víctimas, destrozos y pánico, pese a las restricciones informativas impuestas por la policía.

Sobre el presidente, el informe era oficial, y estaba ya en la calle: había muerto durante la desesperada intervención quirúrgica por salvar su vida, y solamente su cadáver resultó destrozado en el atentado contra el hospital. Se especulaba sobre cargas de plástico introducidas clandestinamente en el recinto clínico.

Entre los muertos figuraban, oficiosamente, el general Derek Winslow, del Alto Estado Mayor, agentes especiales del FBI y de la CIA, miembros de la Guardia Nacional y del ejército, médicos y enfermeras en cifras todavía inexactas pero inquietantes.

—Viajamos en familia —comentó de pronto su vecina de asiento—. ¿No le asusta un poco?

—¿Asustarme? —rechazó Brian—. No, no. Sencillamente, me preocupa. Ahora el vicepresidente ejerce el poder, al menos hasta que sea elegido uno de los dos candidatos actuales. Me pregunto por qué tuvieron que asesinar a un hombre que renunciaba a la reelección, y terminaba ahora su mandato, retirándose de la vida pública...

—¿Es usted experto en política, señor...?

—Kervin —informó él sonriendo—. Brian Kervin. No, no soy experto en política. Por eso me marché de Los Angeles ahora. No soporto esa tensión, ese ambiente.

—Pero este avión va a Washington. Y ésa es una ciudad eminentemente política... —sonrió ella, suave.

—Cierto. Sólo que yo trabajo en Washington. Importaciones y exportaciones. Dependo del Ministerio de Agricultura, pero eso es todo lo que puede unirme a la política.

—Entiendo —ella soltó una breve carcajada—. Yo, sin embargo, sí soy una persona relacionada, en cierto modo, con la política. Al menos desde esta misma fecha en adelante...

—Temo no entenderla.

—Verá. Mi nombre es Candy. Candy Foster. Soy periodista.

—Oh, ahora sí que entiendo. Periodista. Un gran reportaje, sin duda.

—Usted comprende, pero no del todo. Soy periodista de otra especialidad. Trabajo en una publicación mensual femenina, el *American Family*. Estaba en Los Angeles para una serie de reportajes sobre los estudios de televisión, la crisis del viejo Hollywood y las fincas de las antiguas luminarias de la pantalla. De repente me encuentro con un reportaje sensacional, que interesa por igual a todo el país. Y no puedo desaprovecharlo.

—Marchándose de Los Angeles, ¿no cree que pierde la posibilidad de su gran reportaje? Es ahí donde sucedió todo...

—Sí, pero ya sucedió. Yo estuve en el momento del atentado, frente al estrado presidencial —golpeó con afecto su maletín—. Llevo las fotografías de lo sucedido, una película completa, en color.

—¿De veras? —Manifestó Brian, con cierto interés.

—Será un gran trabajo para mi revista. Pero debo completarlo con un reportaje de la capital federal, del Capitolio, de la Casa Blanca... y con entrevistas con personalidades de la vida política y militar del país. Por eso voy a Washington. En cuanto tenga todo el material, volveré a Nueva York. Allí está la redacción de mi revista. Creo que me servirá para ascender a primera columnista de la publicación. Seguro que sí, señor Kervin.

—Deseo que así sea, señorita Foster. Su película del atentado puede ser muy importante, no hay duda.

La televisión filmó borrosamente lo sucedido, y a muchos operadores les pilló por sorpresa el suceso. ¿Ha revelado usted el filme?

—Por supuesto —asintió ella—. Con toda urgencia. Tengo la película positiva. Es perfecta.

—Supongo que se verá en ella claramente al presidente...

—Con total nitidez. Incluso cuando empiece a recibir los disparos y cae... Yo me sentí entonces sobresaltada, no sabía lo que ocurría, pero instintivamente filmé y filmé... Sí, es un buen filme. No lo mostré a la policía por si se incautan de él y alguien me «pisa» la noticia.

—¿Cree que obró bien? —dudó Brian—. Recuerde que puede ser una prueba, un indicio...

—Mi conciencia está a salvo, señor Kervin —aseguró ella, muy seria—. Sé que capturaron al asesino, aunque sin vida. Lo hizo un agente federal, según creo... Eso cierra el caso, ¿no cree?

—No, no lo creo —sonrió Brian, negando con la cabeza—. Recuerde el atentado al hospital. ¿Por qué fue atacado de nuevo el presidente? ¿Para asegurarse de su muerte, sin darle la menor posibilidad de sobrevivir? Si es así, hubo complot. Y al haber más de un asesino, la solución no está completa, ni mucho menos. Su película puede ser fundamental, ¿no se da usted cuenta?

—Bueno, de todos modos, procuraré cooperar si en Washington me lo piden —apretó sus labios con energía—. Pero mi reportaje no me lo arrebatará nadie, esté seguro de ello.

—Empiezo a estar muy seguro, señorita Foster —suspiró Kervin—. Usted es de esas mujeres obstinadas que se han propuesto llegar a alguna parte, y no cejan hasta conseguirlo, cueste lo que cueste. Y caiga quien caiga.

—Parece decirlo en tono de reproche —se soliviantó ella, irguiendo arrogante su cabecita de roja melena bien cuidada—. ¿Es así, señor Kervin?

—Pues en cierto modo... sí. Es un reproche. Por encima de todo éxito personal, está la seguridad de nuestro país, la defensa de nuestros principios, la justicia y el orden...

—Todo eso suena muy bien. Pero una vez fui ingenua, señor Kervin. Entregué a la policía unas fotografías importantes, que me hubieran reportado un gran éxito profesional, sólo porque eran una prueba fundamental contra un importante ciudadano. Esas fotografías desaparecieron. Las publicó otro periódico, alteradas. Y no fueron ni prueba contra nadie, ni un galardón para mí. Otros se lucieron con ellas, y la justicia quedó malparada, sólo porque unos funcionarios de la ley se dejaron sobornar.

—Comprendo sus razones. Pero no siempre ocurre igual. Y ahora se trata de nuestro presidente. Del país todo, por tanto. De nuestro futuro tal vez...

—Lo siento —cortó ella, con acritud—. No va a convencerme. Olvídelo.

Y se reclinó en su asiento, dando por terminada la conversación, y quedándose dormida en apariencia. Brian no dijo nada. Entornó los ojos, mirando de soslayo el maletín de su compañera de viaje.

Luego, dejó vagar su vista por el oscuro exterior, a través de la ventanilla.

* * *

La azafata acababa de servirles café. Brian pidió un par de emparedados y cerveza antes de ingerir la infusión caliente sin azúcar. Bostezó, meditando todavía sobre todo lo que le había sido dado presenciar directamente en Los Angeles.

Su compañera de asiento pidió solamente café, y siguió durmiendo. O fingiéndolo a la perfección con evidente hostilidad. Llevaban ya varias horas de vuelo. Estaban sobrevolando las Rocosas. Algo así como rebasar casi la primera mitad del largo viaje sobre los Estados Unidos.

Vio en la distancia las luces de Denver. Pronto empezaría a clarear por el Este. La velocidad del vuelo, su ruta hacia el sol, y el paso sobre las zonas geográficas artificiales, que venían marcando una hora de adelanto en los relojes, al sobrevolar las Rocosas, como marcarían luego otra más a la altura del Medio Este, y una última hora más al sobrevolar la zona geográfica artificial de la costa atlántica, hacían que el tiempo avanzase vertiginosamente hacia las horas matinales. Y hacia la luz del día.

Súbitamente llegó el desastre.

El desastre en forma de un repentino grito de una azafata, perdido sin duda el control de sus nervios por el trágico hallazgo, en la parte posterior del aparato:

—¡Dios mío! ¡Una bomba!...

El pánico se extendió a bordo, como una chispa sobre un reguero de pólvora. Hubo chillidos de terror, movimiento desesperado de los pocos viajeros de aquel vuelo sobre el continente americano.

Brian dio un salto formidable en su asiento. Giró la cabeza, tenso, repentinamente pálido, ya incorporado y presto a hacer algo, aunque no sabía qué.

Vio surgir a la azafata, lívida, del compartimento destinado a las dependencias de a bordo, cocinas, lavabos y guarda-niños, perros, etc. Su figura avanzó, tambaleante, sus ojos dilatados revelaban horror. Señaló al interior, mientras la otra azafata, rápida, conservando su serenidad corría en su auxilio y trataba de sonreír,

advirtiéndolo al aterrizado pasajero:

—Por favor, señores, no es nada. No se alarmen. Se trata de un error, no hay duda. Una crisis nerviosa de mi compañera. No puede haber bombas a bordo. Se controla todo minuciosamente antes de despegar, hay modernos detectores y...

Todos sus buenos deseos, su admirable voluntad y presencia de ánimo, de nada sirvieron ya. Quizá tampoco hubieran servido, de no suceder nada, porque la gente, los viajeros todos, corrían de un lado a otro alucinados, como si fuera posible salir en vuelo por cualquier portezuela, lanzándose a una muerte tan cierta como la que pudiera acechar a bordo.

Porque entonces, ahogando las palabras de la azafata, la bomba estalló.

El «Boeing 707», llevando a bordo a Brian Kervin, agente M-31

de la división de Defensa Nacional del FBI, reventó, en el aire, sobre las Rocosas, cuando el explosivo actuó fatalmente...

CAPÍTULO V

SAMANTHA

Cuando el «Boeing 707» estalló, Brian Kervin solamente había logrado aprovechar los escasos instantes transcurridos entre el grito de alarma de la azafata y la explosión del ingenio situado criminalmente a bordo, en una acción vertiginosa, apremiante: tomar uno de los paracaídas y, sin esperar instrucciones de nadie, instrucciones que él no necesitaba en ciertas materias, ajustarlo a su espalda con una precisión de movimientos realmente pasmosa. Luego ocurrió el desastre. Y el avión se partió virtualmente en dos en pleno vuelo.

Brian había oído de casos semejantes en los que los aparatos siniestrados reventaron en mil pedazos, cayendo dispersos en un gran radio de extensión. Pero en este caso, afortunadamente, la explosión, que tuvo lugar en la cola del avión, solamente desgajó ésta en principio, dejando el avión convertido atrás en humeantes jirones de metal asomados al vacío.

La velocidad y la altura no eran suficientes para ser absorbidos los ocupantes por el cambio de presión y la absorción del aire. Pero el aparato, con un chirrido escalofriante, enfiló su morro al fondo, y se precipitó en barrena ardiendo su parte posterior y dejando en el azul una estela de humo oscuro.

Brian miró en derredor, algo aturdido, aunque conservando su formidable sangre fría, su tremendo dominio de sí mismo y de las circunstancias que le rodeaban por dramáticas que fuesen. Y éstas lo eran mucho.

Supo que eran segundos los que le separaban de la eternidad, del caos final. El fuego, el descenso vertiginoso, el desastre que había borrado del corredor a algunos viajeros acurrucados en la cola y a las dos infortunadas azafatas, terminaría por alcanzar los tanques de combustible y los motores. Y sería el fin. El caos definitivo.

Tomó una determinación, apenas ajustó las hebillas de su cinturón del paracaídas. Alzó una mano, aferrando con energía el maletín de

su compañera de viaje. En ese instante, Candy Foster, del *American Family Magazine*, se desvanecía víctima de un ataque de histerismo provocado por el *shock* de terror.

La recogió con otro brazo cargándola a su hombro. Se precipitó de un salto al pasillo, corrió hacia los jirones desgarrados de metal, humeantes y temibles, al revés de lo que hacían todos los desorientados viajeros. Gritó sin dejar de correr:

—¡Pronto, aplíquense los paracaídas, salten!... ¡No hay tiempo que perder; tienen sólo segundos... y pueden salvarse todos! ¡Los paracaídas!...

Algunos le entendieron y corrieron a recogerlos de sus estantes pugnando nerviosamente por ajustarlos a su espalda. Otros, ni siquiera le oyeron o entendieron. El avión desgajado se iba abajo. El viento silbaba, aterrador, absorbiendo ya a Brian, pese a su resistencia contra esa succión amenazadora.

Logró enganchar los brazos de Candy Foster en las tiras de su paracaídas, reciamente ajustado a su cuerpo. Sin soltar el maletín en una mano, y oprimiendo el otro brazo contra la cintura de la joven reportera, se dejó engullir por la succión del aire y voltear hacia el espacio.

Brincó de modo inverosímil, se despegó del avión humeante, descendió como una piedra, pesada y verticalmente, hacia el suelo, lejano aún...

Arriba, sobre su cabeza, hubo una flamígera rosa abriéndose en el azul. Miró a lo alto, despavorido. Hierro, cuerpos fragmentados y toda clase de piezas llameantes se dispersaron, descendiendo como pavesas hacia el suelo.

El avión había sufrido su segunda explosión. Y había reventado total, definitivamente. Sus alas, su fuselaje, su cuerpo plateado, sus ocupantes todos, eran trozos dispersos, restos trágicos de una hecatombe.

El paracaídas de Brian se abrió de repente, como un enorme hongo color marfil. La seda o tejido plástico flotó sobre él como una gigantesca cúpula hinchada, salvadora.

Despacio, muy despacio, flotó, descendió... Aferrado al paracaídas iba Brian. Y también la inconsciente Candy Foster. Y el maletín negro de la periodista.

Abajo, erguidas, abruptas, difíciles y hoscas, las Rocosas esperaban

a los náufragos del aire, tras un salvamento inverosímil y casi milagroso, mientras el resto de la nave volante se perdía, en fragmentos irreconocibles, por un amplio círculo del agreste paisaje de Colorado.

La catástrofe fue inevitable. El fin del avión y sus demás ocupantes, también. Pese a cuanto Brian intentó.

Solamente él y la periodista estaban a salvo ahora.

Aunque quizá no del todo...

* * *

«Prismáticos» Kelly contempló con un suspiro la distancia azul. Siguió manejando, sereno, su avioneta de fuselaje amarillo y azul.

Pulsó un botón de su sistema de radio, sin separar nunca los auriculares de sus oídos. Informó, escueto:

—Avión del vuelo 702 de TWA destruido en vuelo. Doble explosión. Nadie salvado..., excepto un hombre en paracaídas. Parecía Brian Kervin, agente

M-31.

Lleva a alguien consigo.

Esperó instrucciones, sin duda alguna. Y las recibió.

—Siga a Kervin —informó la voz lejana, femenina—. Vigile atento. No le pierda de vista. Ni tampoco a su acompañante.

—¿Ejecuto? —indagó «Prismáticos», con una mueca complacida.

—No. Actúe de otro modo. Escuche...

«Prismáticos» Kelly escuchó. Luego, asintió. Sus ojos casi telescópicos, a través de los gruesos lentes especiales de sus gafas, descubrieron, allá en las estribaciones de la cadena montañosa, a unas veinte millas al sur de Denver cómo la figura del paracaidista, con el enorme rosetón marfileño de su paracaídas, iba aproximándose paulatinamente a tierra. El paisaje era abrupto, rico en vegetación, árboles y frondas. También en rocas y senderos entre barrancos profundos.

—Sí —dijo por fin entornando sus pupilas privilegiadas—. Entiendo. Obedezco.

Y de mala gana, enfiló la avioneta hacia tierra, disponiéndose a aterrizar en el llano más propicio que pudiera encontrar.

El paracaídas y sus portadores se hundieron en un denso bosque,

entre pinos de alto tronco y puntiaguda copa.
La avioneta siguió, en semicírculo amplio, esa misma dirección.

* * *

—Cielos... ¿Qué ha sucedido?

—Reacciona usted como todas las mujeres —sonrió Kervin—. Le faltó preguntar algo rutinario en estos casos: «¿Dónde estoy?».

—Bien... —Ella miró en torno, inquieta, estremecida. Pareció recordar algo con auténtico temor—. ¿Dónde estoy?

—Así está mejor —rió Brian, de buen humor—. Está en un lugar de las Rocosas, creo que en Colorado, y sospecho que no demasiado lejos de Denver, la capital del estado.

—Denver, Colorado... Las Rocosas... Hace poco estaba a bordo de un avión, volando hacia Washington... —musitó ella, con un escalofrío, abriendo mucho sus ojos inteligentes y luminosos—. ¿Cómo pudo suceder esto?

—Algo estalló a bordo —le recordó Brian—. Una bomba. Pudo haberse despertado entre nubes, rodeada de angelitos tocando el arpa. Esto es mejor, a fin de cuentas.

—Pero ¿cómo pudo salvarme? Recuerdo... recuerdo que me desvanecí a bordo, cuando vi el destrozo y supe que íbamos a morir...

—Yo conseguí ajustarme un paracaídas. Hubiera querido salvar a todos. Hice lo posible, pero en esas circunstancias nadie escucha a nadie. Me arrojé con usted al aire. Era lo único que podía hacer.

—Estando solo, era más fácil salvarse. Y me tomó a mí consigo. ¿Por qué, señor Kervin?

—No sé. Supongo que por pura humanidad. Me era factible intentarlo. Y lo intenté. Eso fue todo.

—No. No fue todo. —Ella alzó su rostro, mirándole fijamente a los ojos. Yacían ambos sobre un lecho de agujas de pino y hierba frondosa, en un denso bosque de coníferas. Alrededor suyo, el paracaídas fingía una enorme sábana blanca—. Me salvó la vida. Estoy en deuda con usted desde hoy. Vivo gracias a usted.

—Olvídelo —suspiró Brian—. Sentarse a mi lado lo originó todo. Fue puro azar. Suerte para usted, en suma.

—¿Hubiera salvado a cualquier otra persona que estuviera a su

lado?

—Sí, a cualquiera.

—¿Incluso... a una mujer de edad avanzada, a un hombre...?

—Igual, señorita Foster.

—No es muy galante. Pero es sincero. —Su sequedad se tornó repentinamente menos acentuada. Incluso pareció cordial, afectuosa—. Gracias, Kervin. Sé cuánto le debo.

—No me debe nada. —Se incorporó Brian, mirando en torno, pensativo. La mañana era tibia y soleada allí. Debían estar a considerable altura sobre el nivel del mar, en las estribaciones orientales de las *Rocky Mountains*. Alrededor, el paisaje era agreste y hermoso. Y también solitario.

—Eh, mi maletín... —Ella lo contempló, perpleja, al ver destacar su negro rectángulo sobre las sedas entrelazadas del paracaídas—. ¿Qué hace aquí?

—Lo salvé junto con usted.

—¿El maletín? ¿Por qué? —se asombró ella.

—Recuerde lo que usted dijo. Tiene una prueba quizá valiosa en él: los fotogramas del magnicidio de Los Angeles.

—Oh, eso... —Mostróse asombrada la periodista—. Es mi gran éxito profesional. Sin embargo, ni se me ocurrió pensar en ello. ¿Qué clase de hombre es usted, que piensa en todo, incluso en un momento así?

—No sé... Quizá esté algo deshumanizado —convino Brian, riendo—. Pero pensé en ello. Y no dejé allí el maletín.

Hubo una larga pausa. Candy Foster intentó incorporarse. Lo logró, con un gemido. Tuvo que apoyarse en Brian. Él se interesó, ayudándola a sentarse de nuevo, esta vez en una roca:

—¿Le duele algo? ¿Alguna lesión?

—Me temo que sí. El tobillo derecho. No puedo apoyar el pie en tierra...

Brian se inclinó, examinándola. Asintió, cuando tocó el tobillo, forzándole con brusco movimiento de manos. Ella volvió a gemir, con angustia.

—Un esguince —dijo Kervin—. Se lo produjo al tocar tierra, sin duda. ¿Puede andar?

—No sé. Creo que no...

—Bien —suspiró Brian—. La dejaré aquí. Iré a la carretera general a

hacer auto-stop e indicarles nuestra situación. Por aquí no habrá ni siquiera cabras monteses, señorita Foster.

—¡No puede dejarme sola! —gimió ella—. ¡No se marche de aquí!

—Será preciso hacerlo. No podemos correr el riesgo de quedarnos aquí toda la noche. En estas regiones hay zorros, coyotes, jaguares y gatos monteses, como mínimo.

—¡Dios mío! —Miró en torno, aterrada—. Es... es horrible, ¿no se da cuenta?

—Claro que me doy cuenta. Pero quedándonos en este lugar, nadie va a encontrarnos. La carretera general pasa cerca, no hay duda. Creo que la nacional 85 quedará muy cerca de este punto, entre Pueblo y Denver.

—Intentaré ir con usted adonde sea...

—No. Usted se quedará aquí. Ya tenemos suficientes problemas, sin que usted me busque más ahora. Es pleno día. Los animales salvajes no atacan por aquí a estas horas. ¿A qué diablos teme ahora?

—A los asesinos.

—¿Qué? —se sorprendió Brian.

—No soy tonta, Kervin. Un complot mató al presidente y dinamitó el hospital de Inglewood. El mismo puso una bomba en el avión. ¿Por qué? ¿Porque yo llevo en ese maletín una posible prueba cinematográfica? ¿Por otras razones? Sea como sea, temo a los asesinos del presidente. Pueden estar aquí. Cerca de nosotros...

Brian no quiso decirle que sospechaba otra cosa peor. Que él, justamente él, había sido el objeto de los saboteadores del «Boeing 707». Un atentado que, como mínimo, costó ya una docena larga de vidas; pasajeros, pilotos, azafatas...

Alzó los ojos al cielo, escuchando el leve ronroneo lejano de una pequeña avioneta, posiblemente un aparato privado, deportivo. Lo había oído vagamente al descender a tierra, tras el siniestro aéreo. Pero luego pensó que había sido simple imaginación suya. Ahora comprobaba que no. La avioneta existía. Y acababa de sobrevolar la zona, alejándose de nuevo.

—Deberá esperar aquí tendida —dijo Brian—. Iré a la carretera. En menos de un par de horas habré conseguido ayuda. Si no es en la ruta, será en la vecindad. Aquí hay granjeros, hacendados... Y habrá visto alguien la voladura del «Boeing», vendrán a investigar...

—Kervin, no se aleje, por Dios —suplicó ella—. Hay aquí algo

siniestro, extraño... No sé lo que ello será, pero tengo miedo. Todo el que tuvo alguna relación con el presidente debe ser destruido. ¿Es que no se da cuenta?

—Si es así, ellos pensarán que ya fuimos destruidos. Y estaremos a salvo.

—¿Y esa avioneta? —le recordó Candy—. Pudo estar buscándonos, registrando la zona, en persecución nuestra...

—Tiene usted una gran imaginación, señorita Foster.

—¿Usted no, después de ver morir al presidente, saber que volaron el pabellón del hospital donde se hallaba y que pusieron una bomba especial a bordo del avión? ¿A eso le llama usted «imaginación»?

—Admito que hubo complot, pero de eso a lo que supone hay un abismo. Señorita Foster, hemos de hacer algo, ocurra lo que ocurra. Cualquier cosa menos quedarnos aquí resignadamente, esperando que alguien nos encuentre..., si es que se produce ese milagro.

—Insisto; no quiero quedarme sola, abandonada aquí.

—Volveré en seguida, no lo dude.

—No —mantuvo, enérgica.

—Muy bien —resopló Brian. Le tendió los brazos—. Vamos ya. En marcha. Y luego, no se queje. Si hemos de andar diez millas, las andaremos. Cualquier cosa menos quedarnos en este paraje, esperando la noche.

Ella cobró fuerzas. Tomó impulso. Se puso en pie. Aceptó una mano de Kervin, pero nada más. Los dos empezaron a moverse decididamente en dirección al claro. Poco después descendían por un sendero bastante accesible, entre rocas y pinos. Candy cojeaba, pero se mordía los labios, soportando el dolor, para no dar su brazo a torcer.

Brian Kervin, sonriente, burlón, se limitaba a llevarla consigo, a servirle de apoyo, en descenso hacia el llano, al pie de las rocasas estribaciones.

Ni una vez se quejó ella, pese a que sin duda alguna sentía vivos dolores. Era una muchacha tremendamente obstinada. Y llena de voluntad. No cedía fácilmente.

Llegaron al pie de unos montículos pedregosos. Caminaron en línea recta, salvando afilados peñascos, en busca del nuevo declive que les conduciría al llano. Brian se orientaba por pura lógica, porque desconocía el paraje. Pero confiaba en llegar pronto a las

proximidades de alguna ruta frecuentada, aunque no fuese la nacional 85 hacia Denver.

Rodearon un macizo de peñascos. El ronroneo del avión o avioneta privada que oyeran antes, se había repetido una vez, al iniciar el descenso. No volvieron a oírlo.

Iniciaron el descenso al llano, salvando dificultosamente los declives de rocas, en los que la cojera de Candy Foster se hizo más acentuada y dolorosa, pero soportada con auténtico valor y determinación. Brian la estudiaba de soslayo. Se dijo que era una chica tremendamente animosa. Y tenía valor, de eso no había duda.

—Si quiere, nos paramos a descansar... —ofreció.

—No —cortó ella, tajante—. No pararemos. Sigamos, Kervin. Sigamos.

Brian asintió sin decir nada. Siguieron adelante. Fue en pleno declive, soportando difícilmente el equilibrio sobre un plano deslizante, empinado, de piedra pizarrosa, cuando sucedió.

—No se muevan. Quietos ahí —avisó una fría voz monocorde—. Si no obedecen, disparamos.

Brian se puso rígido. De su mano resbaló la de Candy, que estuvo a punto de soltarse y rodar casi treinta yardas de rampa hacia la llanura. Logró sujetarla a tiempo y, aferrado a unos arbustos salvajes, sarmentosos, retuvo con dificultad a la joven, suspendida del vacío, con su pierna inútil.

—Al menos espero que a esto no le llamen «moverse» —masculló, volviendo la cabeza a lo alto—. Y si es así, disparen. No me preocupan ustedes.

Se sintió algo sorprendido al ver a sus adversarios. No eran hombres, sino mujeres.

Y unas mujeres increíbles. Más propias de un *show* o un *vaudeville* atrevido que de una escena violenta, con armas por medio y amenazas de muerte.

Sin embargo, las dos altas damas de hermoso cuerpo, de exuberantes formas, de ceñida malla gris, de rostro velado por una especie de máscara de nylon estirado como una media, que tenía la virtud de deformar en gris las facciones reales de aquellas espléndidas hembras, tenían, a pesar de ello, algo inquietante y estremecedor. No inspiraban, en absoluto, ideas voluptuosas o deseos carnales. Además de mujeres, eran algo más: quizá perfectas

piezas de un helado engranaje implacable.

No era la primera vez que Brian se veía, en su larga carrera como agente especial

M-31,

frente a enemigos de otro sexo. La experiencia le había demostrado que, llegado el caso, eran tan despiadadas o más que los hombres de mayor ferocidad.

—No hay objeción —dijo una de ellas, acerada la voz—. Salvó a la chica de despeñarse. Muy propio del caballeresco agente especial del FBI M-31... Pero no pase de ahí, o será peor para ambos. No habrá nuevos avisos. La próxima vez apretaremos el gatillo.

Esgrimían livianas y modernas pistolas ametralladoras de un modelo reciente, funcional y rígido, enormemente práctico. Apretar el gatillo de una de esas armas, como ellas decían, suponía lanzar una rociada de por lo menos una cincuentena de balas sobre cualquiera. Además, tenían acoplado un dispositivo silenciador muy eficiente. Ni los colonos vecinos escucharían otra cosa que una especie de escape ahogado de motor, repetido, si ellas disparaban sus singulares armas.

—No habrá próxima vez —suspiró Kervin—. Creo que nos entregamos. No hay otro remedio.

—Kervin... —musitó Candy Foster, mirándole con asombro—. Agente federal

M-31...

Eso no lo había dicho usted...

—No, no lo había dicho. No acostumbro a presentarme por televisión y firmar autógrafos, señorita Foster.

—Entonces..., tal vez el avión... fue volado a causa de su presencia en él...

—Pudiera ser. Ya lo he pensado. —Brian miró arriba, a las damas de malla gris y aire de personajes de ciencia-ficción—. Pero creo que eso tendremos que preguntárselo a ellas...

—¿Mujeres? ¿Autoras del complot, de los asesinatos...? —Se horrorizó Candy.

—¿Por qué no? —dijo Brian, con amargo sarcasmo—. Es la igualdad de derechos, amiga mía. Las feministas pueden sentirse de enhorabuena. No les queda ya nada por hacer, para competir con los hombres...

—Usted lleva armas, Kervin —silabeó una de las Amazonas grises del sendero rocoso. Le apuntó directamente con su pistola ametralladora—. Armas convencionales, y armas de uso poco común. Estamos bien informadas sobre

M-31

y sus trucos. No use ninguno, o es hombre muerto. Sencillamente, tire su arma convencional al abismo. Sin intentar dispararla, por supuesto. No somos novatas.

—Me temo que no lo son. —Brian extrajo cuidadosamente su pistola, y la dejó rodar ladera abajo, pesaroso. Alzó la cabeza. La avioneta emergía de nuevo. Era azul y amarilla. Con matrícula de Los Angeles, de un aeroclub privado. Luego, miró el maletín que sujetaba aún en una mano Candy Foster. Musitó entre dientes—: Deje caer el maletín también, como si se soltara de sus dedos. Procure que resulte natural. Tal vez las engañemos...

Las engañaron.

Candy lanzó un gritito. De sus dedos huyó el maletín. Éste, dando tumbos, se hundió en la espesura, desapareciendo entre matorrales y peñascos, al fondo de la ladera. Muy oportuna y hábil, la joven periodista protestó:

—¡Mi neceser! ¡Mis objetos de aseo, mis pertenencias...!

Y miró, desilusionada, al fondo del abismo como queriendo recuperar lo perdido, cuando ya una de las Amazonas grises ordenaba, rotunda:

—¡Basta! Dejen todo eso. Suban ya. Y sin el menor truco, Kervin. No nos obligue a matar a ambos.

—¿No será el mismo final, hagamos lo que hagamos? —dudó Brian.

—Tal vez no —suspiró una de ellas—. Por ahora no hay órdenes de muerte para usted ni para su chica. Sólo de captura.

—¿Orden de quién?

—De Samantha Shark —fue la respuesta.

* * *

—Samantha Shark...

—Sí. Soy yo.

Brian pestañeó intrigado. Contempló a su interlocutora.

—Una mujer... Y mujeres como esbirros...

—Menos «Prismáticos» Kelly. El condujo la avioneta que les trajo hasta aquí, Kervin.

Brian no dijo nada. Estudió a Samantha Shark en silencio. Parecía admirado y perplejo.

Ojos verdes. Cabello de extraña coloración. Casi rosado. Pálida piel tersa, boca roja y carnosa. Figura arrogante, formas generosas. Igual uniforme que sus «amazonas» armadas. Pero en vez de gris, verde oscuro, casi pardo. Ésa era Samantha Shark.

Miró Brian en torno a los muros de materia plástica, a las luces modernas, a los mil sistemas de comunicación, dispersos en torno a la mesa hemisférica de Samantha. Predominaban los blancos y grises en la decoración, en los muebles estilizados inverosímilmente. Era como verse en otro planeta. Pero no era otro planeta. Era un lugar cualquiera en Kansas, entre campos de trigo y molinos de harina. La avioneta de «Prismáticos» Kelly, recogiendo en las Rocosas, les llevó hasta allá en breves horas. Por una emisora de radio habían captado noticias del siniestro en el avión de la TWA. No había supervivientes. Oficialmente, todos habían muerto. Incluso la periodista Candy Foster, del *American Family*.

—¿Quién es usted exactamente? —quiso saber.

—¿Le preocupa?

—Me sorprende, eso es todo. Samantha Shark. Extraño nombre. Y raro apellido. ¿Significa algo por sí solo?

—Pudiera ser. Soy muy voraz [1].

—Esta instalación vale dinero. Parece organizada. ¿Qué pretende? ¿Mató al presidente, hizo volar el hospital de Los Angeles y el avión del vuelo 762?

—Rotundamente, mi respuesta a todas sus preguntas es la misma: no.

—¿Debo creerlo? —dudó Brian, sarcástico.

—Haga lo que le parezca —mostró ella acremente su desdén—. Su criterio no me importa. Pero no lo hice. Pensé hacerle matar, es cierto. Luego, cambié de idea.

—¿Por qué?

—No sé. Tal vez se me ocurrió que usted no iba a meterse en mis asuntos, sino en otro problema que me es ajeno.

—¿Acertó?

—Es posible. Usted busca a los asesinos del presidente, ¿no?

—Lo encontré ya. Murió en el *Planetarium* de Los Angeles, con poco margen de diferencia con su víctima.

—Sé eso. Usted mató al ejecutor material del magnicidio, pero ¿qué me dice de los inductores, de la organización oculta tras de todo esto? Luego volaron un hospital, hoy su avión... Es un milagro que usted viva aún. Y su compañera de viaje, por supuesto.

—¿Por qué nos hizo capturar? ¿Eso tiene algún sentido?

—Sólo uno, Kervin; que usted no rescate a Nathaniel Agnew antes de que el Gobierno y los grandes *trusts* industriales y financieros me paguen diez millones de dólares de rescate por él.

—Agnew... —Brian recordó algo—. Entiendo. El magnate del acero y los combustibles... Un hombre clave para la economía del país...

—El mismo. Todo está aceptado ya. La muerte del presidente dificultará las cosas y, forzosamente, las aplazará. Eso me irrita. Tenía casi en mis dedos esos diez millones —y su mano de mujer, larga, esbelta, pálida, de uñas manicuradas en el mismo rosa extraño de su cabello se agitó en el aire como buscando aprehender algo que no estaba a su alcance—. Y de repente, todo se demoró. Sólo esperaré a mañana. Si no pagan..., Agnew morirá.

—De modo que usted tiene cautivo a Agnew. No forma parte del complot...

—No, en absoluto. Nathaniel Agnew vale demasiado para que le olvide su gente. Ofrecieron pagar sin demora el rescate, si lo recuperaban con vida. Sé que incluso han ido más lejos. Buscaron localizarnos para rescatarle sin dinero alguno. Les burlamos.

—¿A quiénes? —se interesó Brian—. ¿A los demás magnates, a la policía...?

—A todos. Y también a Los Cruzados.

—¿Los Cruzados? —Pestañeó Kervin, sin desviar sus ojos de la hermosa dama del pelo rosa—. ¿Quiénes son ellos?

—¿No ha oído hablar de los miembros de una peligrosa y violenta extrema derecha americana? Algo así como los tristemente célebres *minute-men* del nazi general Walker. Éstos son también un grupo activo, violento, eficaz, en grado sumo. Neonazis de la peor especie. Capaces de destruir muchas cosas de este país.

—¿Nathaniel Agnew, el hombre a quien usted y sus «amazonas» mantienen prisionero... es miembro de ese grupo, tal vez?

—Más que eso —sonrió enigmáticamente la hermosa dama del cabello rosa—. Es uno de sus líderes, precisamente... Y creo que ellos mataron al presidente, ayer en Los Angeles.

—Los Cruzados... Extraña cruzada la que busca el crimen y la destrucción para solucionar algo en el mundo.

—Ellos usan una fea cruz, Kervin. Algo parecido a la gamada de Hitler. Con ligeras variantes, claro. En el fondo, buscan algo similar: la victoria por el caos. La perfección, aniquilando lo que creen imperfecto.

—Conozco el sistema. Es una vieja fórmula que ya fue vencida una vez. —Brian encajó las mandíbulas—. No tiene por qué vencer ahora.

—Pero puede vencer. De momento, el presidente ha muerto. Y ése era, posiblemente, uno de sus primordiales objetivos.

—Posiblemente —aceptó Brian. Sus ojos se clavaron en ella. Alrededor suyo, el lugar, de estilizado modernismo casi cibernético, era como un paisaje digno de Ray Bradbury o de Henlein [2]. Pero, ciertamente, menos *fascistoide* que las ideas de este último, a juzgar por la doctrina que Samantha respetaba y profesaba al hablar de los ultraderechistas. La voz de Brian sonó apagada—: En concreto, ¿qué clase de mujer es usted?

—Ya lo sabe. Una mujer despiadada. Cruel, si es necesario. Sin escrúpulos de ninguna clase.

—¿Con algún ideal?

—Uno: el dinero.

—De modo que quien mejor pague..., ése obtiene sus servicios. Y los de sus Amazonas...

—En cierto modo. A veces tomo mis propias decisiones.

—¿Raptar a Nathaniel Agnew fue una de esas «propias decisiones»?

—dudó Kervin.

—Si le respondo que sí..., ¿qué dirá usted? —sonrió la dama del cabello rosa.

—Que no la creo. —Brian soltó una risita aguda, irónica—. En absoluto, Samantha.

—¿Por qué no?

—Usted tendrá sus propias ideas, pero en el fondo no es sino una innovación mañosa. Es decir, igual que existe el Sindicato del Crimen, usted ha creado un curioso «sindicato de mujeres asesinas».

Da beneficios, y obtienen contratos. Alguien paga por algo; ustedes lo hacen. Eso es todo. Alguien quiso que raptaran a Nathaniel Agnew, un extremista del grupo de Los Cruzados. Alguien le ordenó que hicieran prisionero a Brian Kervin. E hicieron ambas cosas. ¿Acierito?

Samantha dudó. Luego, se echó a reír de repente. Movi6 su rosada cabeza con energía.

—Acert6 —dijo—. Me pagan por todo ello. Mi organizaci6n se alquila al que mejor paga. Pero no interviene en atentados políticos. No hicimos nada al presidente. Tampoco volamos ese avi6n. Tenemos a un agente especial, «Prismáticos» Kelly. Él le vigilaba, Brian. Y él tenía orden inicial de matarle. Luego, rectificué. Le prefería vivo. Fue el primer sorprendido con la voladura del «Boeing», créame.

—La creo. No tiene por qué mentirme —suspir6 Brian. Luego, la mir6 directamente—. Pero ¿quién le paga por hacer lo que está haciendo? ¿Un grupo político, un paí6, una potencia enemiga de Estados Unidos...?

—Eso forma parte del secreto profesional —eludi6 Samantha Shark, con frialdad—. ¿Qué clase de persona sería yo, si denunciara a mis clientes?

—Si yo he de morir ahora, ese informe de poco valdrá.

—Yo no he dicho que vaya a morir. Sólo que es mi prisionero.

—¿Y mi compaíera de vuelo?

—¿Esa reportera? Estoy intentando averiguar si es realmente lo que dice... o es otra agente especial del FBI o la CIA.

—Si puede averiguar eso es que tiene contactos en todas partes.

—Los tengo. Debo mi éxito a la cantidad de personas que me informan. Les pago bien. Muy bien. Por eso me sirven lealmente. Por ellos sé que usted es...

M-31.

—¿Cuál es su juego exactamente?

—Ya se lo dije: pedir rescate por Agnew. No me interesa él. Sólo retenerle un tiempo. Si pagan esos diez millones por su piel..., se lo devuelvo entero. Creo que pagarán. Su partido le necesita. Quieren presentarlo a las nuevas elecciones presidenciales.

—¿Qué? —Brian peg6 un respingo—. ¿Nathaniel Agnew como presidente?

—Personalmente, lo encuentro ridículo —bromeó ella—. Es un cerdo de ideas atrasadas y totalitarias. Pero su partido le apoya. Tiene tantas probabilidades como el actual presidente accidental, el hombre que antes fue vicepresidente.

—¿Morgan Moore?

—Eso es, Morgan Moore. Tampoco es santo de mi devoción, pero es el que legalmente se ha hecho primer mandatario de la nación al morir su superior. Debe aceptarse la Constitución tal como es.

—Hay un tercer candidato, ahora que el presidente ha muerto: Bertrand Garrick.

—Sí, por supuesto. Demasiado honrado para vencer. Los hombres honrados nunca suben demasiado arriba. La conciencia es un lastre muy pesado en la rampa política...

—Me gusta usted —rió Kervin entre dientes—. Samantha Shark. Una reina del hampa, una auténtica «fuera de la ley». Pero habla de conciencia, de honradez, de política, de moral...

—Yo entiendo de todo eso. Quizá por ello me sienta desilusionada y elija todo lo contrario. Todo el mundo me ha decepcionado hasta hoy...

—¿No se ha decepcionado también a sí misma?

—Un poco —sonrió Samantha—. Pero miro mi cuenta corriente y tiene muchos ceros. Eso significa algo, y me hace olvidar las decepciones personales.

—Nos hemos desviado del asunto principal, Samantha. Ahora, yo soy su prisionero. Y lo es también mi compañera Candy Foster, del *American Family*.

—Eso es. También Nathaniel Agnew es mi cautivo en estos momentos. Y lo será hasta que paguen su rescate.

—Por nosotros, me temo que nadie pagará nada, Samantha.

—Ya veremos —se encogió ella de hombros.

—Si es así, ¿qué piensa hacer? ¿Matarnos?

—No sé. No lo he pensado todavía. Puede que ordene su ejecución o puede que no.

—¿Qué teme de mí?

—Ya se lo dije: podría ir detrás de mí. Debo protegerme de todos. Del FBI en especial.

—El FBI no busca a Agnew, pese a ser importante como ciudadano y hombre de negocios. Al menos, yo no lo busco. Solamente busco a

los culpables de la muerte de un presidente.

—Suponga que es el grupo de Agnew. Usted querrá echarle mano a él, para que pague su culpa. Yo quiero canjearle por una suma importante. Son diferentes puntos de vista.

—Samantha, creo que alguien la ha puesto a usted en medio de todo esto para complicar las cosas. Quizá los propios asesinos del presidente.

—Los Cruzados no harían eso. No sacrificarían a su líder, Agnew, para buscarle una coartada... o para dificultar las investigaciones.

—Yo no he hablado de Los Cruzados.

—¿De quién, entonces? —Samantha le miró escéptica. La reina del hampa femenina rió entre dientes, burlona—. Hay noventa y nueve probabilidades entre cien de que ellos sean los culpables del atentado en Los Angeles.

—Yo, sin embargo, me quedo con la centésima probabilidad. Justamente, la más improbable de todas.

—Pero..., ¿cuál es ésa? —Se intrigó Samantha, pestañeando incrédula.

—La de unos asesinos capaces de *suplantar* a personas vivas y conocidas... como el propio presidente. La de alguien que ha logrado burlar al país y al mundo entero, poniendo en el puesto del presidente muerto a un *extraño* de rostro oriental, cuyas verdaderas facciones sólo se revelaron en el momento mismo de su muerte...

CAPÍTULO VI

OTRA PAZ

Nathaniel Agnew era un hombre grueso, macizo, rubicundo y poderoso. Medía más de seis pies, era de cabello ralo, muy rubio, escaso y mal peinado, cabeza ovoide y facciones estúpidas que sin duda le fueron muy útiles siempre en su vida, porque, en cambio, los estrechos ojos, además de oscuros, fríos y despiadados, eran inteligentes, saturados de astucia y mala fe.

Vestía vulgarmente, como cualquier *businessman* medio, pero tenía más personalidad y fuerza que cualquier tipo de esa clase. Esposado, y en una celda hermética, parecía una fiera enjaulada, y paseaba furioso, mirando a los grises muros. Y ahora, al ver aparecer en el hueco de su ventanuco a Samantha y a Brian...

—¡Sáquenme de aquí, bastardos! —jadeó—. ¡Están jugándose el cuello y no se dan cuenta! ¡Yo soy una persona importante y puedo serlo aún más muy en breve! ¡Sus cabezas caerán como frutos maduros si se obstinan en retenerme aquí!

—Vaya... —dijo apaciblemente la voz de Brian desde el otro lado del ventanuco encristalado, provisto de un sistema acústico para dialogar con el preso—. Parece que ya sabe lo del presidente, ¿eh, Agnew?

—¿Qué? —aulló el importante prisionero de Samantha Shark—. ¿Qué quiere decir con eso?

—Sin duda lo presiente ya. No creo que le informe de ninguna novedad, Agnew —habló Brian Kervin, glacial—. El presidente ha muerto. Le asesinaron en Los Angeles...

Nunca hubiera esperado una reacción semejante. Nathaniel Agnew retrocedió, estupefacto, como sacudido por un repentino, inesperado impacto. Miró con horror a sus dos visitantes, apoyándose en el muro. Su voz les llegó jadeante:

—No, no es posible... ¡No pudieron matar al presidente! —gimió.

—Pues lo hicieron —suspiró Brian, lentamente—. Lo hicieron. Ahora, Morgan Moore es el presidente provisional...

—El vicepresidente... ¡No, no puede ser él quien dirija ahora al país! —chilló Agnew.

—Sin duda olvidó la Constitución —sonrió Kervin, despectivo.

—Cielos... —Se pasó una mano temblorosa por su rostro, bañado en sudor. Dio unos pasos furibundos dentro de la celda—. Estúpidos... ¡Estúpidos todos! ¿Cómo pudieron hacer tal cosa? ¿Cómo no se dieron cuenta de que...? ¡Oh, no, no! Escuche, el cadáver...

—¿Qué cadáver? —Brian hizo un rápido, vivo gesto a Samantha, para que no interviniera en la charla—. ¿A qué cadáver se refiere?

—Al del presidente, por supuesto... —masculló el otro—. ¿Dónde está en estos momentos?

—¿Eso le preocupa, Agnew? —sonrió Brian, hermético.

—¿Qué hicieron de su cadáver? —aulló el cautivo.

—No tema por él —habló

M-31,

con frialdad—. Está en la Morgue. Esperando ser sepultado.

Y se apartó del ventanuco hermético que asomaba a la celda. Dio unos pasos entre las figuras inexpressivas y esculturales de malla gris y cuerpo turgente: las «amazonas» despiadadas de Samantha. Esta misma le siguió, intrigada, perpleja.

—Kervin, usted le mintió a mi prisionero —le recordó—. El cadáver del presidente se destrozó en una explosión, en el hospital. Es lo que «Prismáticos» dijo, lo que la radio y la televisión repitieron...

—Pero eso, Agnew lo ignora —sonrió Brian, con aire enigmático—. Y ya vio lo preocupado que está por la suerte del cadáver...

—¿Por qué razón? Es algo que no logro entender... —La *mujer-gangster* enarcó sus cejas, dando a su hermoso rostro un aire de máscara sensual, inquietante y cruel.

—Lo entenderá, Samantha, si le digo que ese hombre que tiene usted prisionero, el magnate del acero y los combustibles, Nathaniel Agnew..., sabe que el muerto nunca fue el presidente. Que éste no estaba en el estrado de Los Angeles cuando fue asesinado..., y su lugar lo ocupaba una contrafigura de rostro alterado... al que la muerte devolvió su auténtica faz...

—Pero eso..., de ser cierto..., significaría que... que...

—Creo que sí —musitó Brian—. Significaría que Agnew..., en cierto modo, está relacionado con la mutación fantástica de nuestro presidente..., aunque no sé si sospecho cómo...

Agnew miró en derredor. Respiró con fuerza.

La chica estaba muerta. Su golpe de karate, brutal y seco, en la nuca de la bella de uniforme gris había terminado con ella. En el acto. Sin sufrir. La muerte fue instantánea. Siempre lo era, con golpes semejantes.

Nadie, viendo aquel impacto con el dorso de la fofa mano del millonario Agnew, hubiera podido suponer que Nathaniel Agnew, el magnate de *Aceros y Combustibles National*, era poco tiempo antes un auténtico lego en la materia. Nadie, jamás, vio al pesado y torpe Agnew intentar, no ya un golpe seco y preciso del mejor karate, sino ni tan siquiera la menor acción agresiva eficaz.

Sin embargo, la «amazona» gris de Samantha Shark estaba muerta. Sin vida a sus pies. Con la nuca partida por el mazazo brusco y contundente. Agnew, rápido, se inclinó. Tomó su juego de llaves magnéticas.

Aplicó el llavero a la puerta. La cerradura chascó. El electrodo hizo su acción y cedió el sistema de seguridad ante el roce con su correspondiente llave.

La puerta se deslizó silenciosamente, hundiéndose en el muro gris, metálico.

Nathaniel Agnew tenía, inesperadamente, su puerta abierta a la libertad, a la noche. A la evasión.

No iba a desaprovechar la ocasión. Y la aprovechó.

Se inclinó, tomando el arma de la mujer muerta. Salió de la celda. Caminó pasillo adelante, hacia donde sabía que estaba el ascensor de acceso al exterior. Lo importante sería que no hubiera más celadoras por el camino. Y que si las había, fuesen tan confiadas como aquella que, torpemente, se dejó sorprender en su celda, al llevarle el habitual medicamento que Agnew tomaba para su corazón, y que era un hecho conocido por todo el mundo. Los hombres públicos como él tenían esos problemas.

El ascensor estaba allí. Sin vigilancia. Nadie podía imaginarse, en el refugio subterráneo de Samantha, que alguien escapara a las mujeres-bandido.

Agnew sonrió malignamente. Todo se presentaba de cara. Podía escapar de allí. Podía irse lejos, evitar que sus planes fallaran por

culpa de aquellas estúpidas amazonas del crimen, dirigidas por la hermosa y despiadada Samantha Shark. Bien; también él sabía ser despiadado. Regresaría allí, a aquel oculto escondrijo en Kansas, con gente armada, con medios de combate. Nadie quedaría allí con vida.

Ahora debía llegar cuanto antes adonde tuviera amigos, gente que perteneciera a su grupo. Era preciso hablar de muchas cosas. De la muerte del presidente, sobre todo. Y de otras más tan importantes como aquella...

El fugitivo accionó el ascensor. Llegó a la planta alta. Había visto funcionar todos aquellos sistemas durante su cautiverio en el santuario de Samantha. Sabía cómo manejarlos. Sólo que no había esperado tener semejante ocasión favorable.

Arriba, se detuvo, alerta. Una guardiana dormía, sin advertir su llegada. En dos zancadas, llegó a ella. Alzó su brazo. La mató en el acto. Otro golpe de canto en la nuca. La muerte instantánea. Karate mortal.

Avanzó, decidido. Ya sólo quedaba la salida. Llegó a ella. No había nadie más. Salvó un ojo electrónico de alarma, que ya conocía, arrastrándose por el suelo con cierta agilidad, pese a su considerable humanidad.

Luego, llegó ante la hoja de acero que cedía desde dentro, manipulando un sistema especial electrónico dentro de una vidriera. Agnew sabía que, de no andar con cuidado, la alarma funcionaría al manejarlo.

Puso las máximas precauciones en su maniobra. Estiró la mano. Oprimió el vidrio de abajo a arriba, como viera hacerlo a Samantha cuando sus violentas amazonas grises salían a cumplir alguna misión especial. Cedió la placa. Luego, sus dedos accionaron la salida. El resorte cedió. La hoja de acero descendió...

La salida estaba allí, ante él. Afuera, noche oscura, estrellada. Respiró hondo. Avanzó decidido. Pisó el umbral. Saltó al exterior. Echó a correr bajo el cielo nocturno, respirando el aire libre con energía, casi con avidez.

De repente, unos reflectores barrieron el amplio terreno cubierto de maizales. Dibujaron nítidamente su gruesa, maciza figura.

—¡Alto! —ordenó una voz metálica, rotunda, resonando en todo el ámbito de aquella campiña de cultivos—. ¡Alto o serás hombre

muerto, Nathaniel Agnew!

Agnew se volvió. No iba a ceder, naturalmente, ahora que se había evadido. Su mano se adelantó, empuñando el arma obtenida. Disparó contra los focos. Quebró uno, con un estallido de vidrios, y se hizo más oscuro en la campiña. Pero otros dos reflectores continuaron asaeteándole con sus chorros de luz, siguiéndole entre los maizales frondosos y dorados.

Jadeante, furioso, disparó de nuevo. Pero esta vez no logró nada. Sus proyectiles se perdieron en la noche, los focos continuaron la caza implacable.

La voz de Samantha, rotunda y metálica, retumbó en aquellos acres de tierra cultivada:

—¡Agnew, por última vez! ¡Detente, ríndete! ¡Es una orden!

Se revolvó. Disparó otra vez al azar. Luego, echó a correr desesperado.

En esta ocasión no hubo nuevas llamadas. Solamente una ráfaga de ametralladora, ahogados curiosamente los estampidos como por un extraño silenciador.

Agnew gritó roncamente. Abrió la boca. De entre sus labios brotó la sangre. Dio una voltereta grotesca. Se fue de bruces a tierra, desgajando tallos de maíz, aplastando mazorcas. Todo lo salpicó de rojo violento. Y se quedó quieto, tras un jadeo ahogado, agónico:

—Estúpidas... ¡Maldi... tas... estúpidas...! ¡Todo... malogrado... por esas... necias...!

Se quedó inmóvil. Sin vida. Encendiéronse nuevos reflectores por doquier. Avanzaron figuras femeninas, voluptuosas y sensuales, vestidas de un frío gris uniformado. Rodearon al fugitivo. En silencio todo ello.

Luego, un extraño vehículo amarillo, que se confundía con los maizales, avanzó hacia el punto donde yacía el fugitivo, muerto violentamente.

* * *

—¿Era absolutamente necesario algo así? —indagó Brian Kervin.

—¿Era necesario que él matase a dos de mis empleadas a golpes de karate? —replicó con igual acritud Samantha Shark.

—Karate... Que yo sepa un hombre como Agnew nunca utilizó

técnicas de karate en su vida.

—Pues él sí las utilizó. Y harto bien. Cada golpe fue mortal. Sin remisión posible.

—Cielos... —Brian enarcó las cejas fijando sus ojos en Samantha. Rodeaba con su firme brazo a Candy Foster, pálida, pero serena junto a él—. ¿Por qué le dejó escapar, Samantha?

—Cometí un error; ser demasiado compasiva. Quería ver si huía. Y si me obligaba, matarle sin remisión.

—¿A eso le llama ser compasiva? —dudó

M-31.

—Sí. Pude haberlo hecho de otro modo. Pero elegí ése. Di una oportunidad al preso. El la aprovechó con exceso. Mató, Kervin. Mató estúpida, cruelmente.

—Igual que usted hizo luego con él, ¿no?

—Es diferente. Yo quería saber algo; él sólo pretendía destruir, hacer daño.

—¿Qué pretendía saber, Samantha?

—Si una vez muerto..., ese hombre era realmente él... o sucedía como en el caso del presidente —suspiró ella, enérgica—. Me ha costado cara la prueba. Perdí a dos de mis chicas, Kervin. Agnew era un canalla, un ser sin piedad.

—Como usted.

—¡Bien, sí! ¡Como yo! —gritó ella, furiosa. Le miró con ojos llameantes, que parecían más verdes que nunca. Sus formas rotundas, exuberantes, palpitaban apasionadas con sus ademanes violentos—. ¡Pero ahora Agnew está muerto, yo he perdido diez millones de dólares... y vea el resultado! Todo sigue igual. Era él. Su cadáver. Su rostro. Todo está igual, ¿no?

Brian iba a asentir, ceñudo, profundamente pensativo. De repente, la voz de Candy les llegó, llena de horror, de incredulidad:

—No..., ¡miren, miren eso! —jadeó—. ¡Nathaniel Agnew... se está transformando! ¡Su rostro es... es el de un hombre oriental, no hay duda!

CAPÍTULO VII

ESCULTURAS DE CARNE

La luz del proyector vertical cayó crudamente sobre aquella faz inmóvil, apacible, como dormida.

—No hay duda. Pómulos salientes, ojos oblicuos, mejillas hundidas, piel olivácea... Es un oriental.

Samantha había hablado. A su lado, una mujer cirujano suspiró, enjugándose el sudor y retirándose de la mesa del modernísimo quirófano.

—Sí —convino, bajando su mascarilla aséptica—. Es un oriental. Y ésa es su verdadera faz, no la que antes poseía.

Kervin cambió una mirada pensativa con Candy, testigo como él del prodigio. Indagó, con voz sorda:

—¿El resto de su físico, de sus tejidos...?

—Todo normal —dijo la mujer médico, inflexible—. Es el mismo hombre. Pero no es un magnate americano. Es un oriental. Un fornido oriental.

—¿Chino? —quiso saber Samantha.

—No sé. —El cirujano se encogió de hombros—. Pudiera serlo.

—Ahora recuerdo algo —suspiró Brian—. Hubo una comisión oriental en Los Angeles durante el atentado presidencial. Y también fueron al hospital Inglewood antes de la voladura. No eran chinos. No eran miembros de Pekín, ciertamente. Creo... creo que eran de un estado cercano. Un nuevo país asiático en evolución creciente...

—Pero... pero su rostro era el de Agnew, obraba como él, hablaba como él... —se quejó Samantha.

—Sí. También el presidente tenía el rostro del presidente, hablaba como él, fue asesinado porque *parecía* ser él. Pero no lo era. —M-31 se inclinó sobre el rostro asiático, amarillento y oblicuo, del desconocido a quien Samantha tuviera preso como al magnate del acero y los combustibles—. Algo está sucediendo. Algo extraño y terrible. El presidente había sido *suplantado*. También ese hombre, figura clave de la industria y las finanzas... ¿Cuántos más hay ahora

suplantados en el país?

—¿Qué está pensando, Kervin? —replicó Samantha, asustada, con sus ojos muy abiertos.

—Lo mismo que usted, si no me equivoco. Estamos ante una extraña y oscura amenaza. Alguien ha logrado crear máscaras de carne y hueso. Basta elegir una figura adecuada, alguien que hable y obre como el elegido..., y cambiar su rostro. Moldear la faz que se desea. Así, paulatinamente, unos seres extraños ocupan el hueco de personalidades del país. Y un día..., Estados Unidos serían de ellos. E incluso el mundo entero, si se lo proponen.

—No, eso no es posible —rechazó Samantha—. No puede suceder...

—Está ocurriendo ya —cortó Brian, áspero. Se encaró con la mujer cirujano—. Usted ha estudiado ese cadáver, ha descubierto que usaba un falso rostro. Como médico, debe saber algo más. ¿Qué pudieron hacerle para que su rostro... se cambiara en otro?

—No lo sé —confesó roncamente ella—. No había maquillajes, ni afeites, ni postizos. Sencillamente, había *otra* cara. Otra piel, otro color, otros rasgos... Al morir, pausadamente, el muerto recupera su normalidad original. Eso es todo. Pero se podría aventurar una teoría, aunque no sea más que eso: una teoría.

—Bien. Dígala.

—Debieron inyectarle algo. Un producto, no sé cuál. La carne se hizo moldeable. Su epidermis podía ser cambiada sólo con que alguien eligiera un modelo para reproducirlo. No entiendo lo que ellos descubrieron, pero sea lo que sea, debe ablandar la faz, moldear la carne humana como si fuese cera blanda... Entonces... es suficiente que exista un escultor, una mano que moldee esa carne del modo idóneo... para *crear* o *imitar* un rostro.

No añadió más. Ni hacía falta. Samantha cruzó su mirada desfavorida con la de Kervin. Luego, éste miró a Candy Foster, su compañera de viaje en el avión.

—Dios mío... —susurró ésta—. Por eso, cuando mataron al presidente..., le hicieron desaparecer en la voladura del hospital. Nadie debía de saber que el muerto... no era el presidente...

—Yo vi eso, señorita Foster —habló Brian con sequedad—. Sabía que algo alucinante estaba sucediendo, aunque no pensé que fuese tan grave. Pero lo que yo me pregunto ahora es: ¿*Dónde* está el auténtico presidente... y dónde Nathaniel Agnew, el verdadero

magnate ultraderechista y reaccionario, dirigente principal de Los Cruzados neonazis?

* * *

—¿Dónde? ¿Dónde pueden estar ellos ahora?

Era la enésima vez que se hacía la pregunta. La respuesta le llegó suave, apacible:

—Vamos, vamos... No te atormentes más, Kervin... Olvida eso, por el momento.

—No puedo. No puedo olvidarlo...

—No te hice venir a mi estancia personal para hablar de todo ello.

—Yo creí que sí. —Brian Kervin miró fijamente a su interlocutora. Pareció observar por vez primera que la dama del pelo rosa y los ojos verdes, la hermosa y cruel Samantha Shark, estaba ante él con muy escasa ropa. Tanto, que sólo una vaporosa bata malva cubría sus formas, ceñidas por dos breves piezas de baño color púrpura. A sus pies, separando a ambos, una pileta de aguas verdes perfumadas, transparentes, iluminadas con claridad interior.

—Agente

M-31

tienes fama de hombre de mundo... —susurró Samantha, rodeando pausadamente la pileta—. Y creo que lo eres. Pero me resultas extrañamente ingenuo ahora. No te preocupas por las mujeres que te rodean. No te fijas en mí...

—Quizá sea que estoy preocupado.

—Olvida tus preocupaciones ahora. Piensa en ellas más tarde —musitó ella, voluptuosa, llegando junto a él—. Brian, quise hablar contigo a solas... pero no de esas humanas esculturas siniestras..., sino de otra clase de esculturas.

—¿Cuáles?

—Tú... y yo —le contempló, admirativa—. Eres hermoso, atlético, arrogante... Yo soy bella, sensual, inmensamente rica... Brian, ¡qué gran pareja haríamos tú y yo!

—Tal vez Samantha —sonrió Kervin, fríamente—. Pero tú eres el delito. Yo, la ley. Estamos en sitios opuestos, en bandos separados...

—Un hombre y una mujer siempre unen sus bandos, si ellos lo desean... —insinuó Samantha, rodeándole con sus brazos. Acercó

los labios a los de él. Era envolvente, sinuosa, y su epidermis despedía sensualidad y deseo—. Brian..., ¿por qué no desearlo tú... como lo deseo yo?

—Samantha, aunque ahora cediera a tus encantos, a tu seducción de mujer..., todo seguiría igual. Somos distintos, seguimos diferentes caminos hacia muy diversos objetivos... No tendría éxito, estoy seguro...

—Brian, olvida a esa muchacha bonita, tu pelirroja Candy Foster..., y piensa en mí. Sólo en mí...

—Está bien —cedió Brian—. Pero te avisé. Nunca será... un éxito...

—Nadie pide ahora un éxito, Kervin..., sino un momento de olvido. Olvido para todo..., salvo para ti... y para mí... y todo lo que ello significa.

Brian cedió. No podía ser de otro modo. Y llegó el olvido. Para todo. Menos para ellos dos. Y cuanto ello pudiera significar...

* * *

—Te lo dije, Samantha. No podía tener éxito.

Brian Kervin sonrió, con cinismo. Luego, pulsó otra tecla en el cuadro de mandos. Era la que indicaba: «Retiren guardia. Paso franco».

Amordazada, ligada, furiosa, lívida, Samantha Shark le contempló con intensa ira. Pero no pudo hacer sino agitarse, revolcarse en el suelo de bellos baldosines, junto a la pileta de verdes aguas donde poco antes vivieran ellos su idilio.

—Sé lo que estás pensando —musitó Brian, inclinándose y acariciando los cabellos rosados de la hermosa mujer—. Fiaste en un hombre, y te equivocaste. Debiste pensar que antes que Brian Kervin soy el agente

M-31,

del FBI. Y un romance contigo era en el fondo como una inversión provechosa, a corto plazo... Te avisé, y no me hiciste caso. Lo siento. Lo siento mucho, Samantha, amor...

Los ojos de ella no eran precisamente los de una enamorada. Se fijaban en él con ira, con auténtica furia. No le gustaba ser burlada. Ni como mujer, ni como cabeza rectora de una organización criminal femenina. Pero quizá en el primer caso era donde más le

dolía el engaño, la sangrienta burla.

—No necesitas hablar —sonrió Kervin, recogiendo su juego de llaves magnéticas y su pequeño emisor-receptor de onda especial, para controlar los sistemas electrónicos de salida de su refugio secreto—. Creo entender todo lo que quisieras expresar. Lamentablemente, mi querida Samantha, quisiste abarcar demasiado. Capturaste a Agnew, y te resultó un... un extraño farsante, un ser que no era quien parecía. Me capturaste a mí, y tenías que fracasar. M-31 no gusta que le manejen las mujeres. Nunca le gustó... Hasta otra, Samantha, cariño. Eres una hermosa mujer, eso sí. Eres adorable, eres complaciente... y me gustas. Como mujer solamente. Como bandido... eres un fracaso. Lo siento...

Hizo un gesto burlón que revolvió con furia impotente, en el suelo, a la cautiva. Brian se encaminó a donde le esperaba ya Candy Foster. La reportera le miró perpleja. Luego, él la tomó del brazo y la llevó consigo hacia el exterior.

—Brian, eres admirable —dijo, con familiaridad, oprimiendo su mano intencionadamente. Un gesto pícaro, risueño, apareció en su rostro, bajo la llameante melena roja—. ¿Siempre te burlas así de las mujeres que te aman?

—No, no siempre —rió

M-31

entre dientes—. Todo depende de ellas... y del lado que estén. Vamos, Candy. Tenemos que salir de aquí cuanto antes.

Y salieron.

Ni las puertas magnéticas, ni los sistemas de alarma electrónica, ni tan siquiera todos los trucos y recursos del refugio misterioso de Samantha, bastaron para frenarles. Las mujeres guardianas, sin ser avisadas a causa del control que señalaba salida libre a cualquiera, no acudieron a su fuga. Quizá ni si enteraron de ella. Cuando alcanzaron los amplios maizales, la carrera se hizo vertiginosa. Salvaron acres de terreno, alcanzaron las cercas de la finca... y emprendieron veloz carrera hacia el exterior. Allá atrás quedaba una amplia granja de inocente apariencia, en los feraces campos de Kansas. Una granja de la que, poco más tarde, Kervin avisaba por teléfono a un número concreto y altamente secreto del Servicio Secreto de Estados Unidos en el estado de Kansas:

—Está situada exactamente entre las millas ciento doce a ciento

quince de la carretera general a Wichita. Próxima a Hutchinson... —Añadió unos datos concretos de su situación exacta, y añadió—: Cuidado. Todo son mujeres, salvo un curioso tipo llamado «Prismáticos» Kelly, que no sé si está ahora en la zona. Pero todas ellas son peligrosas. Altamente peligrosas. Se defenderán. Si hay que tirar a matar..., no duden en hacerlo. O serán ustedes las víctimas...

Colgó después, volviéndose a Candy, que reforzaba sus agotados nervios ante una taza de café bien fuerte, sin azúcar.

—¿Ya, Brian? —indagó ella, trémula, preocupada.

—Ya. Ahora, vamos, Candy —invitó él, sonriente, seguro de sí.

—Pero..., ¿a dónde?

—Al único lugar donde podemos ser escuchados para referir lo que está sucediendo en este país, Candy... ¡A Washington!

Y Brian Kervin, sin esperar a más, apenas apuró ella su café en aquel parador de una de las carreteras generales de Kansas, emprendió veloz carrera, procurando alejarse lo más posible del radio de acción de las hermosas y temibles «amazonas» grises de Samantha Shark.

* * *

—Recibido informe urgente,
M-31.

Se lo transmitimos a Escucha M-01 —dijo la voz—. Esperamos lo reciba puntualmente lo antes posible. ¿Más detalles?

—No, no —rechazó Brian, mordiéndose el labio inferior—. Existen otros datos, pero no me es posible darlos por radio en este momento. Son estrictamente confidenciales, personales para M-01.

¿Dónde se halla él ahora?

—No está aquí, en Washington. Se ausentó hoy mismo, tras las noticias recibidas de California.

—Cielos... ¿Adónde se dirigió?

—Destino desconocido. M-01 no informó de ello. Pero se supone que fue a Nueva York.

—¿Por qué Nueva York? ¿Qué sucede allí? —se excitó Brian.

—M-01 y

Q-57

se hallan tal vez esperando a una persona importante: el vicepresidente Moore, actual presidente de la nación. Existen rumores de complot nacional contra la presidencia. Hay terror contenido en Washington, auténtica inquietud...

—¡Por todos los diablos! ¿Y las próximas elecciones?

—Se habla de Nathaniel Agnew, de Bertrand Garrick... Pero nada hay seguro. Incluso hubo rumores de un golpe de Estado por parte de altos jefes del Pentágono... Pero, afortunadamente, todo quedó en rumores. La CIA y nosotros, nada nuevo hemos sabido,

M-31...

—Dios mío... —Brian entornó los ojos, inquieto—. Algo muy grave está sucediendo... y quisiera saber lo que es. Escuche atentamente. Quiero saber los nombres de los emisarios de cierto país asiático que estuvieron presentes en el atentado de Los Angeles con carácter oficial. Sé que es un nuevo estado, próximo a China Continental, de Gobierno democrático, y que...

—No añada más —habló la voz de su escucha. Le dio el nombre del país oriental. Luego, una serie de nombres—. Sin duda son ellos. Misión diplomática especial en Estados Unidos, tras el reconocimiento oficial de su régimen y su independencia...

—Bien. —Kervin respiró hondo—. Es todo. Vigilen a esa gente. Hay peligro. Infórmense de su nivel científico, de sus posibles personalidades en el terreno de la química... e incluso de la biología. Todo disimuladamente. Sin despertar sospechas. Pero con urgencia. Con la máxima urgencia. Cierro.

Brian cortó la comunicación con su diminuto emisor-receptor, encerrado en un simple encendedor de oro, del que emergía una interminable antena telescópica platinada. A su lado, Candy Foster le contempló admirada, mientras la avioneta privada, de color verde esmeralda y franjas blancas, hendía el aire sobre los fértiles terrenos de cultivo de Illinois e Indiana.

El piloto automático fue de nuevo sustituido por la mano firme de Kervin. A su lado, Candy suspiró, moviendo la cabeza con incertidumbre.

—Brian... —musitó—. ¿Qué estás buscando ahora?

—La verdad.

—¿Qué verdad?

—La de una mutación imposible hasta hoy. Sin máscaras, sin disfraces ni afeites. Un rostro humano se vuelve diferente. Quiero saber por qué, Candy. Y tiene que haber un «por qué».

—¿En ese país oriental de que hablabas?

—Es sólo una teoría. No sé nada. No entiendo nada. Pero espero ver claro. Se trata sin duda de un hallazgo científico. Alguien ha logrado alterar la estructura de la carne humana, y la hizo maleable. Con ello alteran a su placer las facciones. Se limitan a modelar nuevos rostros, como quien talla esculturas en arcilla. Luego, la muerte descubre la verdad. Pero, por ahora, sólo la muerte. Eso es terrible, Candy. Significa algo atroz.

—¿Cómo qué?

—Como todo un país, convertido en un duplicado de sí mismo. Gentes extrañas, extranjeros, sean del país que sean, remedando a los autores de ciencia-ficción; creando nuevos entes, que suplen a los personajes clave conocidos: Gobierno, ejército, policía... ¿Te imaginas eso? Controlados por... extraños. No serán los pintorescos marcianos de las películas de serie B., pero sí serán gentes que conviertan a nuestro país en un lugar dominado totalmente por ellos.

—Sería espantoso...

—Empieza a ser espantoso, Candy.

—¿Cómo encaja en todo eso el asesinato del presidente?

—No encaja de ninguna manera. Nadie sabía que el presidente iba a ser asesinado. Y menos que ninguno, los que le suplantaron con un «doble». Ahora, nadie sabe lo que fue del auténtico presidente, pero no me siento optimista al respecto. Sin duda corrió la misma suerte de Nathaniel Agnew, el magnate. Un «doble» ocupó su puesto. Pero otra organización, acaso Los Cruzados, o tal vez otros, resolvió eliminar al verdadero presidente. Y ahí se descubrió todo. Al menos, yo lo descubrí en el hospital de Inglewood. No interesaba que lo descubriera nadie más. Por eso volaron el hospital con el cadáver dentro. El general Derek Winslow, del Alto Estado Mayor, consta como víctima de ese siniestro. Estoy seguro de que no lo fue. El también vio el cuerpo del presidente *después* de muerto. Y vio su rostro, que era el de un asiático...

—¿Un traidor a su país?

—Peor que eso: otro «doble». Los diplomáticos orientales estuvieron

en el hospital poco antes de la voladura. Eso confirma todas mis sospechas. Ahora, Agnew probó que era otro de los «invasores» de otro país, sometido a esa especie de prodigio científico que les hace parecer exactamente a aquél a quien ellos quieren suplantar.

—Brian, es una idea horrible...

—Es más que una idea —controló el perfecto rumbo de la avioneta, que ahora ya no volaba hacia Washington, habiendo desviado ostensiblemente su ruta hacia el Nordeste—. Desgraciadamente, Candy..., es una realidad. Una realidad de la que tú aún no puedes hablar a tus lectores, porque te tildarían de loca. De la que yo no puedo hablar a mis colegas y camaradas... porque ni siquiera sé si ellos siguen siendo ellos mismos... o son *otros*.

—Dios mío... —Ella reveló repentino horror—. ¿Tan terrible puede ser lo que sucede?

—¿Terrible? Pienso que sería el caos. Imagina a Estados Unidos declarando la guerra a China o a la URSS, lanzando bombas nucleares sobre Pekín o Moscú... porque el presidente y el Congreso así lo han decidido. Y, naturalmente, presidente y Congreso serían... esos nuevos seres modelados por alguien.

—La guerra total...

—El fin del mundo, Candy. Y puede suceder en cualquier momento.

—Pero gracias a ese oportuno atentado de Los Angeles..., el presidente ha muerto. Morgan Moore, el ex vicepresidente, no cometerá una locura así...

—Si es realmente él, no. Pero ¿quién nos garantiza que la fuerza capaz de suplantar al primer mandatario de la nación no lo hizo igual con el hombre que, constitucionalmente, debe sucederle?

—Brian... —Ella respiró hondo, demudada—. Eso sería... ¡espantoso!

—Exacto. Sería espantoso. Puede ser espantoso. O lo está siendo ya, Candy... —Brian Kervin se volvió a ella, sin soltar el timón de la avioneta que, arrendada en Wichita, en nombre del Gobierno de Estados Unidos, les conducía ahora en vuelo a Nueva York. El añadió, sereno, pero con tono grave, preocupado—: Por eso estamos intentando lo único posible. Yendo a la única persona en quien aún puedo confiar, dentro de este caos, Candy.

—¿Quién?

—Emmett H. Pearson, mi jefe. Él está en algún lugar de Nueva

York. Y yo daré con él, de eso puedes estar segura. Daré con él... y soy el único que puede convencerle de lo que está sucediendo en el país... y quizá en el mundo entero.

Aceleró. La avioneta se hundió vertiginosa en una masa de algodonosas nubes. Nueva York estaba cada vez más cerca.

Y Brian Kervin se preguntó si estaría también más cerca la esperanza de poner freno a aquel extraño, alucinante caso de invasión silenciosa, implacable, demoledora...

CAPÍTULO VIII

ESPEJISMO

—Brian... ¿Qué hace usted aquí, en Nueva York?

Kervin sonrió, encendiendo su cigarrillo. Miró pensativo a Emmett H. Pearson antes de responder. Luego, señaló a la calle, repleta de gente que clamaba, con pancartas y banderolas, al candidato Garrick para presidente.

—No me quise perder el espectáculo, señor —dijo, escueto.

—El espectáculo... —habló con voz grave el jefe de la *División de Defensa Nacional* del FBI—. Me pregunto qué va a suceder. Nathaniel Agnew es el otro aspirante. Y Agnew no aparece.

—Ni aparecerá.

—¿Cómo? —Se sobresaltó Pearson, volviéndose hacia él con viveza.

—Está muerto.

—Diablo... Kervin, ¿cómo pudo saber usted eso?

—Estuve prisionero de Samantha Shark, la directora de una organización delictiva femenina, tan peligrosa como el propio Sindicato del Crimen..., aunque sus miembros sean mucho más atractivos y adorables. Pero igualmente crueles, llegado el caso.

—Cuénteme eso, Kervin.

—Gustosamente, señor. —Brian hizo una pausa y añadió, con un suspiro, por encima del clamor popular, allá afuera—: Me acompañó una bella muchacha, reportera del *American Family*. Candy Foster, que viajó conmigo desde Los Angeles.

—Y que debió caer con usted en el avión siniestrado, Kervin —se mordió los labios, preocupado, Emmett H. Pearson—. ¿Cómo pudieron salir de ésa? Oficialmente, ambos están muertos, al igual que el resto del pasaje de ese aparato.

—Saltamos a tiempo. Pero sólo para ser cazados poco después por la gente de Samantha. Ella tenía a Agnew cautivo. Pero Agnew murió. Intentó escapar y lo liquidaron.

—De modo que ahora... sólo queda un candidato: Bertrand Garrick.

—Y el vicepresidente Moore, que ahora ocupa la presidencia, por

supuesto —le recordó Kervin, risueño.

—Cierto. Olvidaba ese detalle. Bien, Brian. ¿Qué sucederá, por tanto, en las próximas horas? Hay rumores inquietantes: complots militares y cosas así. ¿Sabe usted algo concreto? En el FBI andamos locos por completo, créame.

—Le creo —rió entre dientes el agente

M-31

—. Lo cierto es que todo puede ser verdad. Y, a la vez, no serlo.

—No le entiendo nada, Kervin.

Brian avanzó hasta el balcón del hotel donde se alojaba el director de la división federal. Miró a la multitud. Había sectores que discutían acaloradamente. Los ánimos estaban excitados en Nueva York.

—¿Y su flamante agente, señor? —preguntó Brian, cambiando el tema—. Me refiero al bello miembro de Seguridad Presidencial, el agente

Q-57.

—¿Ivy Gold? —señaló una puerta contigua—. Ahora llegará, Kervin. ¿Quiere algo de ella?

—Preferiría, ya que todos colaboramos juntos en esto, que ella estuviera presente en nuestra conversación. Lo que voy a exponer es altamente importante, señor.

—Le escucharé —se inclinó, pulsando un botón de un interfono. Habló ante el micrófono del aparato—: Ivy, ¿puede venir? Tengo conmigo a Kervin ahora.

—¡Kervin! —Sonó la voz de ella, con sorpresa—. Sí, en seguida estoy ahí, señor.

Cerró Pearson el interfono. Hizo sentar a Brian en la estancia. M-31 estaba pensativo, con el ceño fruncido. Miró a Pearson y habló, apacible:

—¿Qué diría usted si, por ejemplo, otro Brian Kervin apareciese ahora en esa puerta?

—¿Otro? ¿Igual que usted?

—Sí. Igual que yo.

—Pues... que estoy borracho. O que usted tiene un hermano gemelo y nunca lo dijo —rió entre dientes Pearson, para luego poner gesto malhumorado—. Bien, ¿a qué vienen todas estas bromas, Brian?

—Vienen a cuento de algo que está sucediendo, señor —suspiró

Brian—. Puede ocurrir lo que le dije. Y no estará usted borracho..., ni yo tendré hermanos gemelos. ¿Qué le parece?

—No logro entenderle una palabra, Kervin.

—El presidente que fue asesinado no era el presidente.

La puerta se había abierto. En ella aparecía ahora Ivy Gold, majestuosa y bellísima, con su enigmático atractivo, su cabellera de plata, sus ojos ambarinos. Un vestido color magenta, de cortísima falda se ajustaba endiabladamente a sus curvas.

—¿Cómo? —estalló su voz, sorprendida.

Kervin se incorporó. Ivy Gold caminó hacia él, tendiéndole la mano. Brian sonrió.

—Hola, agente

Q-57

—murmuró, apacible—. De regreso, sano y salvo. Pero no así su presidente. De nada valió mi esfuerzo ni el de ninguno. Está muerto.

—Usted también parecía estarlo. Y vive aún —dijo ella, sorprendida.

—Tengo siete vidas, como los gatos —rió Kervin—. El presidente, por desgracia, sólo tenía una. Y China se la quitó.

—¿Qué? —aulló Pearson, dando un respingo.

—Eso dije —habló, calmoso, Brian—. China roja. Pekín ha dispuesto este horror. Fingen que lo organiza otro país, inferior de Asia, pero tengo pruebas concretas. Pekín dispuso el magnicidio antes de lo de Los Angeles. Y muchas cosas más.

—¿Está seguro de lo que dice? —jadeó Pearson—. Es una acusación gravísima.

—Ya le dije que tengo pruebas.

—¿Contundentes?

—Contundentes, sí.

—Eso significará... la guerra mundial —dijo Ivy, con un estremecimiento, sin quitar sus ojos de él.

—Exactamente —afirmó Brian Kervin, con tono helado—. La guerra total. Es la forma de hacer justicia, a estas alturas. Estados Unidos están siendo invadidos ya por el más silencioso e invisible ejército que jamás existió.

—Cielos... ¡China roja! —musitó con horror Pearson—. La guerra total... ¿Qué ocurrirá?

—No lo sé, señor. Pero antes ya le avisé; puede aparecer ahí otro

Brian Kervin, otra Ivy Gold... e incluso otro Emmett H. Pearson... Y todo sería cierto. Absoluta, totalmente cierto. Puede haber dos, cien, mil de nosotros. Reproducciones exactas.

—¡Reproducciones! ¡Es imposible!

—No, no lo es —rechazó Brian—. El presidente era un sosias. Agnew, también.

—¿Caracterización? Sería demasiado perfecta... —comentó Ivy Gold, pensativa.

—Algo mejor que eso: plástica facial. Sin cirugía. La carne, convertida en materia moldeable con una droga inyectada durante cierto tiempo. Se adaptan las facciones y se crean perfectas contrafiguras. Es una invasión paulatina, lenta, implacable. Los puestos clave, los altos jefes..., todos serían extranjeros, agentes del enemigo. Llegado el momento, el país estaría en sus manos. Por eso vale la pena luchar, antes de que sea demasiado tarde, señores.

—Me deja usted atónito, Kervin —musitó Pearson—. Pero debo creerle. Eso explicaría muchas cosas...

—He venido a Nueva York con Candy Foster, la reportera del *American Family* —explicó Kervin—. Ella le explicará lo mismo que yo, puesto que ha sido testigo de todo. Hemos quedado en reunirnos aquí. No puede tardar. Confirmará punto por punto mi historia.

—Bien —jadeó Pearson—. No queda otro remedio. Avisaré al Pentágono, a la Casa Blanca, a todos... El sistema de alarma mundial debe ponerse en funcionamiento. Me temo..., me temo que en escasas horas estallará el caos mundial...

Pálido, Vacilante, se incorporó. Fue al teléfono para comunicar directamente con el presidente accidental. Era una situación excepcional. El peor momento, quizá, en la historia de Estados Unidos.

Un funcionario federal asomó entonces. Avisó, cortés:

—La señorita Foster ha llegado.

—Bien —dijo Kervin—. Hágala pasar, por favor.

Candy entró en la estancia. Fue hacia Brian y estrechó sus manos cordialmente. Luego, se volvió a los presentes.

—¿Se lo ha contado ya, Brian? —murmuró.

—Sí. Absolutamente todo —afirmó él, rotundo.

—Es terrible —gimió la periodista. Contempló a Pearson con

expresión sombría—. ¿Qué van a hacer?

—No lo sé. La decisión no depende de mí. Es el presidente quien debe decidir.

—El presidente... —Una nube de temor pasó por los ojos de ella—. Cielos... El presidente actual *puede* ser otro de... de ellos, de los invasores chinos, señor.

Pearson se puso rígido con el teléfono en sus dedos. Miró indistintamente a uno y a otra. Luego, a Ivy Gold, que había enarcado sus rubias cejas, pensativa.

—Es cierto —convino, roncamente—. Dios mío, ¿qué se puede hacer? ¿Existe algún medio de descubrir que un ser normal... es uno de esos agentes infiltrados?

—Sí, existe uno —suspiró Brian.

—Expóngalo, pronto —le apremió Pearson.

—Matarlo.

—¿Qué?

—Es bien claro; sólo al morir, la persona de rostro alterado recupera su forma inicial y vuelve a ser quien era. Hasta entonces no existe medio posible de averiguarlo, señor.

—De modo... que puede uno ver a dos seres idénticos, aunque sea su propio hermano..., y no saber quién es el verdadero...

—Exacto. Ésa es la situación —afirmó Candy Foster, sombría.

Fue como si Emmett H. Pearson hubiera presentido lo que, inmediatamente, iba a suceder.

Porque cuando volvía a tomar el teléfono para avisar esta vez al Pentágono, se abrió violentamente la puerta y entró alguien con las ropas desordenadas, el cabello despeinado... y una pistola automática en la mano.

—¡Señor, está siendo engañado! —aulló, dirigiéndose a Pearson.

El jefe de la división del FBI lanzó una sorda imprecación. Ivy Gold se puso en pie de un brinco, y Candy Foster, con rostro asustado, se acurrucó contra Kervin.

—¡Cielos! —aulló Pearson, mirando al recién llegado—. ¡Otro Brian Kervin!...

Así era. Como en un espejismo; un doble exacto del mismo Brian Kervin que hablaba con ellos en la habitación del hotel neoyorquino.

—¡Mátenlo! —aulló vivamente el primero de los Kervin, señalando al recién llegado—. ¡Es uno de los agentes chinos!

—Miente —replicó Brian, con frialdad—. ¡Él es mi «doble», uno de los hombres que una potencia oriental ha enviado aquí con la idea de complicar a China y provocar una guerra a escala mundial!

Pearson vaciló. Su serenidad estaba rota. Se sentía indeciso, desorientado. Miró a uno y otro, tratando de entender algo, de adivinar quién era el verdadero, quién el falso.

—No, no es posible... —susurró, angustiado.

—Parece que sí es posible, Pearson —dijo fríamente Ivy Gold, contemplando a ambos hombres con gesto hermético—. Son idénticos. No podría distinguir al verdadero

M-31,

para serle sincera...

—Se lo dije, señor —habló el primero de los Kervin. Señaló a Candy Foster—. Ella puede ayudarle, tal vez, a identificarme.

—Creo que sí —suspiró Candy Foster, la joven periodista del American Family—. Llevo estos últimos días al lado de Kervin. El salvó mi vida, me rescató del avión siniestrado...

—Exacto, Candy —habló el Kervin armado, mirándola con intensidad—. Identifique usted al verdadero Kervin. El otro es un duplicado, todo lo perfecto que quiera, pero totalmente falso. Es un enemigo de nuestro país. Usted, Candy, ha de recordar los detalles, debe de ayudarme a probar la culpabilidad de ese hombre que finge ser yo mismo.

—Por favor, es todo tan confuso... —Candy miró a ambos. Parecía estar haciendo un cuidadoso cálculo mental sobre sus respectivas identidades—. Pero de cualquier modo, creo que podré sacarles de dudas.

—Dios sea loado. Hágalo —suplicó Pearson, enjugándose el sudor—. Esta situación, además de ridícula, es violenta y peligrosa. No puedo correr el riesgo de que el verdadero

M-31

muera... y el falso quede con vida. Si acaso, sus huellas dactilares, ahora..., nos sacarían de dudas.

—Imposible —cortó Kervin, el segundo de ellos, con su arma bajada

—. La carne se amolda al sufrir los efectos de la droga. Se pueden borrar unas huellas e imprimir otras. La epidermis humana se vuelve como cera moldeable...

—Entonces, no sé... —Pearson, alucinado, contempló a ambos. Miró luego a Candy—. Adelante. Opine usted.

—Ella acaba de venir conmigo desde el refugio de Samantha —habló el segundo de los Pearson—. La dejé en el hotel para venir a verles. Por el camino fui secuestrado. El coche oficial en que subí, pese a ser del FBI, era una trampa. Me narcotizaron. Pero me recuperé antes de lo que preveían, y pude escapar.

—Es una historia absurda —rechazó el primero de los Kervin, con una seca carcajada—. Es cierto que dejé a Candy en el hotel y vine hacia acá. Pero lo demás es pura fantasía. Una mentira más, Pearson.

—Evidentemente, todo será difícil —musitó Ivy Gold—. Muy difícil...

Y se quedó callada, reflexionando profundamente, sin quitar sus ojos de ellos dos. Del hombre y su espejo viviente. Pero sin saber quién era el hombre... y quién el espejo.

Candy seguía su experimento. Tras acercarse a uno y examinarlo, repitió la maniobra en el otro. Al final, sacudió la cabeza con energía.

—Creo estar segura —musitó—. Una mujer rara vez se equivoca, sobre todo cuando le gusta y atrae un hombre determinado.

—Eso es cierto —asintió Ivy, de súbito. La miró, interesada—. Siga, querida. Usted dio en la diana. Brian Kervin siempre ha sido una debilidad para muchas mujeres. Que sea una mujer precisamente la que logre salvar su pellejo ahora. Adelante.

—Creo estar convencida totalmente —sonrió Candy. Su mano cayó sobre el brazo de uno de ellos dos—. Éste es Brian Kervin. Seguro.

Acababa de elegir al primero de los dos. Al que expusiera el asunto a Pearson. Al que no llevaba arma alguna en su mano.

Éste sonrió. Hizo un gesto casi de indiferencia.

—Gracias, Candy —suspiró—. Sabía que te darías cuenta.

—Ella miente —dijo fríamente el segundo Kervin—. O se equivoca..., o...

—¿O qué, señor Kervin número dos? —preguntó sardónica ahora Ivy Gold, la agente de Seguridad Presidencial

Q-57.

—O es uno de ellos también —acusó con dureza el segundo Brian.

—Ese truco no le dará resultado —rió huecamente el Kervin identificado por Candy como el auténtico.

—Es curioso, señores, pero yo soy mujer —habló de repente Ivy Gold—. Y tengo algo que decir al respecto.

—¿También usted? —gimió Pearson—. Bien, hágalo.

—Brian Kervin es ése —señaló al hombre armado—. Y el que Candy Foster ha señalado... es el suplantador.

—¿Puede probar semejante cosa? —dudó Pearson.

—Sí, puedo probarla —sonrió fríamente Ivy Gold. Y extrajo de su escote algo que aparecía muy disimulado entre las ropas que vestía la hermosa rubia platinada.

Todos lo miraron, fascinados.

Era una especie de tubo o cerbatana metálica con un resorte. Apuntó hacia Brian Kervin, al que Candy identificara. Le sonrió, agresiva.

—Adelante —la invitó él, sereno—. ¿Qué pretende hacer?

—Matarle a usted —dijo Ivy—. Y a la señorita Foster. Porque ambos son dos extranjeros con el rostro alterado.

—¿Se ha vuelto loca? —protestó Candy, palideciendo—. ¡Yo soy yo misma, Kervin lo sabe!

—Eso es cierto —jadeó el Brian Kervin de la pistola automática—. Ella fue compañera mía desde Los Angeles. De haber sido una de ellos..., hubiera podido matarme impunemente con mucha anterioridad...

—Sospecho que Candy Foster fue siempre Candy Foster... hasta que alguien la suplantó, aquí en Nueva York, tal vez —sonrió Ivy Gold—. Y pasó a ser una falsa Candy Foster que identificó al que no es Brian, puede dejar su arma. Yo les tengo bajo mi amenaza. No van a poder hacer nada. Si lo intentan, les mataré. Usted, Pearson, avise al general Douglas Lancaster, del Alto Estado Mayor; está ahí afuera, esperando. Le entregaremos a las personas que iban a infiltrarse en nuestro país...

—Está cometiendo un error —jadeó el primer Kervin—. Yo soy Brian Kervin. Él es solamente un doble...

—Sí, usted no sabe lo que está diciendo —rechazó Candy asustada.

Ivy Gold rió suavemente a flor de labio. Luego, meneó con lentitud

su platinada cabeza. Pearson llamaba ya al general, para requerir su ayuda, y el segundo Brian Kervin se guardaba su automática en la funda sobaquera, mientras Ivy mantenía a raya a los otros dos.

—Me gustaría saber cómo adivinó que soy yo realmente Brian Kervin —suspiró él.

—Muy fácil —sonrió ella. Giró hacia él su tubo o cerbatana metálica—. También soy mujer. Y sé descubrir al hombre atractivo, al hombre que me gusta... A Kervin, en suma. Al auténtico Kervin...

—¿Qué hace? —jadeó Pearson—. El arma, tenga cuidado, Ivy. Encañone a esos dos, no a Kervin, si realmente él...

La puerta se abrió. Entró el general Lancaster, que contempló la escena ceñudo.

—¿Qué sucede aquí, señorita Gold? —demandó.

—Que he resuelto la situación —rió ella—. Definitivamente. Éste es el auténtico Brian Kervin, por supuesto. Escapó a la emboscada. Ahora... él y Pearson deben morir, general.

—Será un placer, señorita Gold —aceptó el general Lancaster, dirigiéndose hacia ellos dos.

Candy Foster y el falso Brian Kervin sonrieron ampliamente, y se acercaron a Ivy.

—Ahora entiendo —dijo Candy, dirigiéndose a Ivy—. Eres de los nuestros...

—Naturalmente —habló con frialdad Ivy Gold—. Yo lo fui siempre. Soy el agente maestro del «Plan América»...

Y rió burlona, sarcástica, contemplando al atónito Pearson y al inexpresivo Brian Kervin. Al auténtico Brian Kervin...

CAPÍTULO IX

LIQUIDACIÓN

—Eso significa...

—Eso significa, señor, que Ivy Gold fue *siempre* la agente de ellos. No una oriental con el rostro deformado, sino una americana que traicionaba a su país —silabeó Brian—. De ese modo eliminaron al presidente, poniendo un doble en su lugar. Pero Los Cruzados o quien resolviera liquidar al presidente en Los Angeles, les hizo un flaco favor y descubrió parte del horrible tinglado. Eso es lo que realmente sucedió. Ahora, Candy Foster ya no es Candy Foster. Ni ese Kervin es el auténtico, por supuesto. Pero Ivy no va a ayudarnos, sino a hacernos ejecutar sin remisión.

—Brian... —susurró Pearson. Señaló al general Lancaster—. Él es de total confianza, no puede estar con... con ellos...

—El auténtico general, por supuesto que no. Pero ése no es el verdadero general Lancaster, desengáñese. —Brian Kervin señaló a los cuatro personajes sonrientes que tenían frente a sí—. Todos son agentes enemigos, orientales con apariencia de personas a las que conocemos... excepto Ivy Gold, su agente rector.

—Son agentes chinos... La invasión de Pekín, Brian —se quejó Pearson.

—Oh, no —rechazó Kervin, sombrío—. Eso pretenden ellos. Por alguna razón, buscan la guerra total, la destrucción mutua. Deben querer ser un día los dueños de todo. Es un pequeño y joven país oriental cercano a China. Pero Pekín nada tiene que ver en esto, aunque es lo que ellos buscarán a la larga para provocar la guerra.

—Un plan siniestro, Brian... —Se estremeció Pearson.

—Pero eficaz —terció Ivy Gold—. Ha sido muy divertido manejar las piezas de este ajedrez desde la sombra, aprovechándome de la confianza con todos ustedes. Así me anticipaba a cuanto pudiera suceder. Así supe de Candy Foster, así logramos raptarla, hacer un perfecto doble de ella... y también de Kervin. Pero él es demasiado astuto, y escapó. ¿Cómo pudo hacerlo, Kervin?

—Tengo recursos especiales —rió Brian, secamente—. Como aspirar el mínimo posible de gas narcótico gracias a un filtro que aplico a mis fosas nasales cuando estoy metido en un asunto difícil... Y cosas así, mi bella señorita Gold.

—Lástima que para este caso no tenga nada preparado, ¿verdad, Kervin? —se mofó la falsa Candy Foster.

—Se equivoca —sonrió Brian, de repente—. Sí tengo algo... Y lo probó en el acto.

* * *

Fue una prueba contundente. Decisiva.

Brian Kervin disparó de súbito sus piernas hacia delante, como un acróbata, y su cuerpo brincó en el aire, cuando Ivy Gold, sobresaltada, disparaba su cerbatana metálica sobre él. Dos dardos centelleantes salieron, con sonido sibilante, y al chocar con el muro del apartamento, provocaron en él dos anchas quemaduras humeantes, que derretían por completo las cortinas y adornos.

Kervin, mientras saltaba en el aire, había hecho más que evitar los dos mortíferos impactos de la cerbatana térmica de Ivy Gold.

Su pie derecho disparó el zapato correspondiente, que saltó del pie, volando hacia Candy Foster y el falso Kervin. Al mismo tiempo, Pearson, reaccionando valientemente, se abalanzó contra el falso general Lancaster, iniciando la lucha dentro de la habitación.

El zapato de Kervin golpeó de punta ante los dos invasores extranjeros. Candy chilló. También el falso Kervin. Retrocedieron, intentando evitar lo que siguiera. Pero no les fue posible.

El zapato, al chocar con el suelo, dejó escapar una serie de láminas plásticas que, al entrar en contacto entre sí, produjeron una llamarada formidable, y un estampido áspero. Envueltos en llamas ambos, intentaron escapar, convertidos en ardientes figuras, auténticas antorchas humanas.

En su carrera, se precipitaron sobre la aterrorizada Ivy Gold, que chilló con pavor al prenderse sus ropas con las llamas. Brian extrajo su pistola automática. Al intentar evadirse Ivy, con sus ropas ardiendo, disparó sin piedad. La alcanzó en uno de sus bellos muslos, derribándola. Vio correr la sangre por su hermosa pantorrilla sin sentir compasión alguna.

Los dos incendiados, Candy y el falso Kervin, alcanzaban la puerta, para huir. Allí fueron alcanzados por los disparos de varios agentes federales que acudían, viendo luchar a Pearson con el general, algo desorientados.

Cayeron abatidos, encendiendo con sus llamas las alfombras del hotel. Kervin, rápido, descargó dos disparos contra la cabeza del falso Lancaster, que soltó a Pearson, empezando a caer.

Los dos federales se contemplaron, jadeantes.

—Gracias, Brian —suspiró su jefe—. Al menos ahora sé quién es M-31...

* * *

—Cielos... Todos son orientales excepto Ivy Gold... —murmuró Pearson, lívido.

Se apartó de los cadáveres alineados en el hotel. Se oían disparos por doquier. Los federales y el ejército andaban a la caza de los emboscados. Ivy había confesado poco antes que una simple herida, el hecho de derramar sangre, provocaba un reblandecimiento del rostro y una deformación que permitía identificar a los emboscados. Era el fallo único de aquella droga increíble que pudo haber abatido a Estados Unidos. Y al mundo entero.

Ahora, ante el miedo a ser heridos, escapaban los emboscados. Y eran cazados implacablemente por las fuerzas de seguridad.

Había empezado la gran limpieza. Lo demás sería sencillo.

Brian se volvió a su jefe dejando de atender a Candy Foster, sentada junto a él.

—Veo que lo entendió —dijo, lentamente—. Era la más perfecta de las invasiones. Pero tuvieron un factor en contra y eso lo estropeó todo: la muerte de un presidente.

—Y a

M-31

—sonrió Candy Foster, risueña—. Es usted maravilloso, Brian...

—Gracias Candy. Tuvimos suerte de hallarla en los sótanos del hotel donde yo me alojé, atada y amordazada. La hubieran asesinado, a no dudar, en cuanto hubiesen tenido tiempo para ello.

—Usted me salvó de un grave riesgo. Nunca lo olvidaré, Brian.

—Me gusta que una chica bonita sea agradecida —rió

M-31

—. Y para empezar a recordarle todos los días que soy su salvador, ¿qué le parece si vamos a bailar y cenar esta noche a cualquier lugar de Broadway?

—Es una idea perfecta —sonrió ella—. Acepto encantada..., mi salvador.

Y le miró de un modo que hizo comprender a Pearson que la joven periodista iba a agradecer muy vivamente, con todo su entusiasmo, las ocasiones en que Kervin salvó su vida.

—Endiablado Brian... —refunfuñó—. Siempre tiene éxito con las chicas. Incluso Ivy Gold se fijó en él... ¿Qué diablos tendrá ese muchacho para las damas?

Fue la única parte del misterio que nadie llegó a descifrarle. Brian Kervin y Candy Foster habían salido de la habitación.

FIN



Juan Gallardo Muñoz, nacido en Barcelona en 1929 y fallecido el 5 de febrero de 2013, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal.

Sus primeros pasos literarios fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas Junior Films y Cinema, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix. Su entrada en el entonces pujante mundo de los bolsilibros fue a consecuencia de una sugerencia del actor George Sanders, que le animó a publicar su primera novela policíaca, titulada *La muerte elige*, y a partir de entonces ya no paró, hasta superar la respetable cifra de dos mil volúmenes. Como solía ser habitual, Gallardo no tardó en convertirse en un auténtico todoterreno, abarcando prácticamente todas las vertientes de los bolsilibros —terror, ciencia-ficción, policíaco y, con diferencia los más numerosos, del oeste—, llegando a escribir una media de seis o siete al mes, por lo general firmadas con un buen surtido de seudónimos:

Addison Starr | | Curtis Garland (y también, Garland Curtis) | | Dan Kirby | | Don Harris | | Donald Curtis | | Elliot Turner | | Frank Logan | | Glenn Forrester | | John Garland (a veces, J.; a veces, Johnny) | | Jason Monroe | | Javier De Juan | | Jean Galart | | Juan Gallardo (a veces, J. Gallardo) | | Juan Viñas, | | Kent Davis | | Lester Maddox | | Mark Savage | | Martha Cendy | | Terry Asens (para el mercado latinoamericano, y en homenaje a su esposa Teresa Asensio Sánchez) | | Walt Sheridan.

Fuera ya de los bolsilibros también abordó otros géneros diferentes, tales como libros de divulgación sobre diversos temas —brujería, música, póker—, cuentos infantiles u obras de teatro, e incluso fue guionista de cuatro películas: No dispare contra mí (José María Nunes, 1961); Nuestro agente en Casablanca (Tulio Demichelli, 1966) exhibida, además de en nuestro país, en Italia y en Estados Unidos; *Sexy Cat* (Julio Pérez Tabernero, 1973) y *El pez de los ojos de oro* (Pedro L. Ramírez, 1974).

Durante muchos años publicó libros en todas las editoriales de literatura popular desde mediados de los años 50 hasta principios de los años 80, en la que desapareció la editorial Bruguera. Esto no quiere decir que Juan Gallardo haya dejado de escribir ya que, a diferencia de otros antiguos compañeros suyos, ha mantenido hasta hoy una envidiable actividad creativa aunque, lógicamente, enfocada ya hacia otros géneros. En la base de datos del

ISBN

aparecen registradas novelas suyas del oeste, publicadas por Astri y Ediciones B, al menos hasta el año 2000, y en 2002 Astri le dedicó en exclusiva la colección Piratas, encuadrada el antiguo género de corsarios. Desaparecida también esta editorial Gallardo pasó a colaborar con Dastin, vínculo que se mantiene hasta el presente. De esta reciente etapa datan siete biografías de mexicanos ilustres, diez adaptaciones de clásicos juveniles, un Diccionario de biografías de grandes figuras de la historia y, con motivo del IV centenario del Quijote, una adaptación juvenil de la obra de Cervantes. Escribió asimismo un par de novelas históricas serias tituladas *La conjura* (2009) y *La clave de los evangelios*. En Morsa ha publicado *La noche de América agonizante* y su autobiografía, *Yo, Curtis Garland*.

Notas

[1] Alusión al apellido. «Shark», en inglés, significa «tiburón». < <

[2] Conocidos autores norteamericanos de «ciencia-ficción». El segundo, muy reaccionario. De claras ideas ultraderechistas, para más detalle. < <